

LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN

de Mark Twain

Adaptación de Andrea Braverman

Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta

SANTILLANA y los autores
ceden los derechos de la reproducción parcial
de la obra en el marco de
la cuarentena por el Coronavirus.



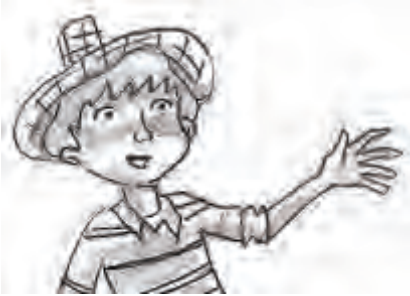
MIS LIBROS
DE QUINTO



SANTILLANA



MIS LIBROS
DE QUINTO



LAS AVENTURAS DE HUCKLEBERRY FINN

de Mark Twain

Adaptación de Andrea Braverman



La novela *Las aventuras de Huckleberry Finn* se entrega gratuitamente con *El libro de 5.º Prácticas del lenguaje* y no puede ser vendida por separado.

El libro de 5.º Prácticas del lenguaje es un proyecto realizado por el siguiente equipo:

Coordinación pedagógica: Cinthia Kuperman

Lectura crítica: Mirta Torres

Asesoría literaria: María Elena Cuter

Edición: Andrea Braverman y Daniela Fernández

Corrección: Martín Vittón

Jefa de edición: Sandra Bianchi

Diagramación: Adrián C. Shirao

Ilustraciones: Manuel Purdía

Jefa de arte: Silvina Gretel Espil

Twain, Mark

Las aventuras de Huckleberry Finn / Mark Twain ; adaptado por Andrea Braverman. - 1a ed. 14a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2020. 96 p. ; 20 x 14 cm. - (El libro de)

ISBN 978-950-46-4995-3

1. Narrativa Infantil Estadounidense. I. Braverman, Andrea, adap. II. Título. CDD 813.9282

Obra Completa 978-950-46-4996-0

© 2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP),

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-4995-3

ISBN de obra completa: 978-950-46-4996-0

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: septiembre de 2016

Décimocuarta reimpresión: enero de 2020

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma, ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etcétera. Cualquier reproducción sin permiso de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	5
CAPÍTULO 2	7
CAPÍTULO 3	10
CAPÍTULO 4	12
CAPÍTULO 5	14
CAPÍTULO 6	16
CAPÍTULO 7	18
CAPÍTULO 8	21
CAPÍTULO 9	25
CAPÍTULO 10	29
CAPÍTULO 11	33
CAPÍTULO 12	36
CAPÍTULO 13	39
CAPÍTULO 14	41
CAPÍTULO 15	44
CAPÍTULO 16	48
CAPÍTULO 17	51
CAPÍTULO 18	53
CAPÍTULO 19	55
CAPÍTULO 20	59
CAPÍTULO 21	61
CAPÍTULO 22	65
CAPÍTULO 23	68
CAPÍTULO 24	71
CAPÍTULO 25	75
CAPÍTULO 26	77
CAPÍTULO 27	80
CAPÍTULO 28	83
CAPÍTULO 29	85
CAPÍTULO 30	88
CAPÍTULO 31	91
ÚLTIMO CAPÍTULO	95



Municipio de
La Matanza

La Matanza, ♥ de La Provincia

CAPÍTULO 1

No creo que sepan quién soy si no leyeron *Las aventuras de Tom Sawyer*, pero no importa. Ese libro lo escribió un tal Mark Twain, y casi siempre contó la verdad. En algunos casos exageró, pero casi siempre dijo la verdad.

En fin, el libro termina más o menos así: Tom y yo encontramos el dinero que unos ladrones habían escondido en una cueva y nos hicimos ricos. Cada uno recibió seis mil dólares en oro. La verdad es que era impresionante ver todo ese dinero junto. Bueno, el juez Thatcher lo puso a interés y nos daba un dólar por día, durante todo el año. La viuda Douglas me adoptó y se le metió en la cabeza que iba a “cevilizarme”, pero era difícil vivir en su casa todo el tiempo, porque era demasiado normal y respetable. Así que cuando ya no pude aguantar más, volví a ponerme mi vieja ropa, me fui con un barril que usaba para dormir y me sentí libre y contento. Pero Tom Sawyer me encontró y dijo que iba a formar una banda de ladrones, y que yo podía participar si volvía a la casa de la viuda y me portaba bien. Así que volví.

Cuando la viuda me vio, se puso a llorar. Me volvió a poner la ropa nueva, que me hacía transpirar y me apretaba. Entonces, todo volvió a ser como antes. La viuda tocaba una campanita a la hora de la cena y había que sentarse a la mesa a tiempo.

La hermana de la viuda, la señorita Watson, se acababa de mudar a la casa. Era una solterona más bien flaca, de anteojos, que quería enseñarme el abecedario a toda costa. Me hacía trabajar duro durante una hora, hasta que la

viuda la interrumpía porque yo ya no aguantaba más. Entonces pasaba otra hora muy aburrido y me ponía nervioso. La señorita Watson decía: “No pongas los pies ahí, Huckleberry”, “Siéntate derecho, Huckleberry” o “No bosteces ni te estires así, Huckleberry. ¿Por qué no tratas de portarte bien?”. Yo no quería hacerla enojar. Lo único que quería era ir a alguna parte, a cualquier lado.

Una noche la señorita Watson no dejaba de retarme, y yo empecé a cansarme y a sentirme solo. Me fui a mi habitación con un cabito de vela y lo puse en la mesa. Después me senté en una silla, junto a la ventana, y traté de pensar en algo alegre, pero era inútil.

Las estrellas brillaban y las hojas en el bosque crujián tristemente. El viento trataba de decirme algo que yo no entendía y me daba escalofríos. A lo lejos, me pareció oír el ruido que hacen los fantasmas cuando quieren decir algo y no pueden hacerse entender. Me sentí tan desanimado y con tanto miedo que deseaba tener compañía. De pronto una araña empezó a trepar por mi hombro y la espanté. Antes de que pudiera atraparla cayó junto a la vela y se quemó. Estaba seguro de que eso me traería mala suerte.

Volví a sentarme, temblando de miedo. Luego de un largo rato, el reloj del pueblo comenzó a sonar: tan... tan... tan... Doce campanadas y todo parecía tranquilo, más silencioso que nunca. Casi enseguida oí que una rama se partía en la oscuridad, entre los árboles: algo se movía. Me incorporé y apenas escuché un “¡Miau! ¡Miau!” allá abajo. ¡Estupendo! Entonces, yo también dije “¡Miau! ¡Miau!” lo más bajo que pude. Después apagué la luz y salí por la ventana. Bajé por el alero, salté al suelo y me arrastré entre los árboles... Y, claro, allí estaba Tom Sawyer esperándome.

CAPÍTULO 2

En puntas de pie, avanzamos por un caminito entre los árboles hacia el fondo del jardín. Al pasar por la cocina, me tropecé con una raíz e hice ruido. Nos agachamos y nos quedamos callados. El negro de la señorita Watson, que se llamaba Jim, estaba sentado en la puerta de la cocina. Se levantó, estiró el cuello y se quedó un momento escuchando. Luego gritó:

–¿Quién anda ahí? ¿Dónde estás? Voy a quedarme sentado aquí hasta que vuelva a escuchar algo.

Así que se sentó en el suelo entre Tom y yo. Se apoyó de espaldas contra un árbol y estiró las piernas. A mí me empezó a picar la nariz. Me picaba tanto que me hacía lagrimear. Esa tortura duró por lo menos seis o siete minutos, pero pareció mucho más. Cuando pensé que ya no podía aguantar, Jim comenzó a roncar...

Tom me hizo una señal –un ruidito con la boca– y nos fuimos caminando en cuatro patas. Cuando estábamos a unos tres metros, Tom me susurró que sería divertido dejar atado a Jim al árbol. Pero le dije que no; podía despertarse y hacer un escándalo, y entonces se darían cuenta de que yo no estaba en casa. Tom dijo que no tenía suficientes velas y que iba entrar a la cocina a buscar más. Así que entramos gateando y sacamos tres velas, y Tom dejó cinco centavos en la mesa para pagarlas.

Cuando llegamos a la cima del cerro, miramos hacia el pueblo y vimos tres o cuatro luces que parpadeaban. En el cielo, brillaban unas estrellas maravillosas. Junto al pueblo, pasaba el río, que corría imponente y silencioso.

Bajamos del cerro y nos encontramos con Joe Harper, Ben Rogers y dos o tres chicos más, que estaban escondidos en la vieja curtiembre. Así que nos subimos a un bote y remamos río abajo, hasta el gran peñasco en la ladera del cerro. Y ahí nos bajamos.

Atravesamos una mata de arbustos, y Tom nos mostró una cueva. Encendimos las velas y entramos caminando en cuatro patas. Por un pasadizo llegamos a una especie de habitación, húmeda, sudorosa y fría. Entonces, Tom dijo:

–Ahora fundaremos la banda de ladrones, que se llamará la pandilla de Tom Sawyer. Tienen que jurar por la vida de sus familias que no dirán nada.

–¿Pero qué hará Huck Finn? Él no tiene familia –dijo Ben Rogers.

–¿No tiene un papá acaso? –preguntó Tom.

–Sí, tiene, pero nadie lo encuentra desde hace más de un año.

Como empezaron a discutir y estuvieron a punto de sacarme de la banda, ofrecí jurar por la vida de la señorita Watson y todos estuvieron de acuerdo.

–Bueno –dijo Ben Rogers–, ¿a qué se va a dedicar esta banda?

–Solo a robos y asesinatos –dijo Tom.

–Pero, ¿qué vamos a robar? ¿Casas, ganado o qué?

–Robar ganado es una tontería –respondió Tom Sawyer–. Somos asaltantes de caminos. Detenemos diligencias y coches, con máscaras puestas, y le sacamos a la gente sus relojes y dinero.

–¿Hay que matar a la gente?

–Pues claro. Salvo a algunos, que los podemos traer aquí y esconderlos hasta que los rescaten.

–¿Rescaten? ¿Qué quiere decir eso?

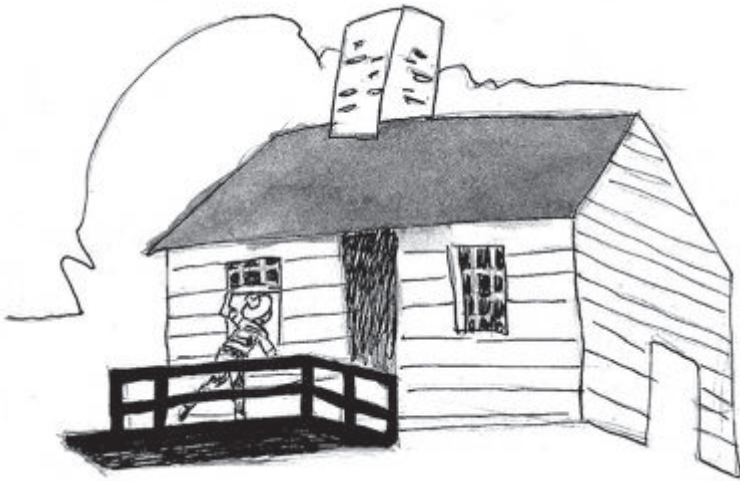
–Bueno, no lo sé, pero lo he leído en los libros, así que eso es lo que haremos.

–Pero ¿cómo vamos a hacerlo si no sabemos qué es?

–¡Tenemos que hacerlo! ¿No escuchaste que está en los libros? ¿Quieres hacer todo al revés? ¿No te das cuenta de que los que escribieron los libros saben qué hay que hacer?

El pequeño Tommy Barnes se había quedado dormido. Cuando lo despertaron, se puso a llorar, y dijo que quería volver con su mamá y que ya no quería ser ladrón. Así que todos se rieron de él, y cuando lo llamaron llorón, se enojó y dijo que iba a contar nuestros secretos. Pero Tom le dio cinco centavos para que se calmara, y cada uno volvió a su casa.

Yo trepé por el cobertizo hasta mi ventana justo antes del amanecer. Mi ropa nueva estaba manchada de barro, y yo, muerto de cansancio.



CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, la señorita Watson me retó por lo de la ropa, pero la viuda no dijo nada. Solo limpió las manchas y el barro, y parecía tan triste que pensé en portarme bien por un tiempo... si podía.

Durante un mes, los chicos y yo jugamos a los ladrones de vez en cuando, hasta que decidí no jugar más. Los demás hicieron lo mismo. No habíamos robado ni matado a nadie; solo hacíamos de cuenta. Saltábamos entre los árboles del bosque y perseguíamos a los porqueros y a las mujeres que llevaban verduras al mercado en carretas, pero nunca les hacíamos nada. Para mí, todo eso era una pérdida de tiempo.

Una vez Tom dijo que sus espías le habían contado en secreto que al día siguiente un montón de comerciantes españoles y árabes ricos iban a acampar en la Cueva Hueca, con doscientos elefantes y seiscientos camellos y más de mil mulas de cargadas de diamantes, y que solo los custodiaban cuatrocientos soldados. Dijo que teníamos que lustrar las espadas y limpiar las escopetas y permanecer alertas. Cuando bajamos corriendo por el cerro, no encontramos españoles ni árabes ni camellos ni elefantes. Solo se trataba de un picnic de la escuela de la parroquia, y para colmo eran chicos de primer grado. Los perseguimos por el cerro, pero solo conseguimos unas rosquillas y un poco de mermelada, aunque Ben Rogers se llevó una muñeca de trapo, y Joe Harper, un cancionero y un folleto. Pero de pronto apareció el maestro y nos obligó a dejar todo y a salir corriendo. No vi ningún diamante, y se lo dije a Tom Sawyer, pero él me contestó que había un montón pero no podíamos verlos y

que si no fuese tan ignorante y hubiese leído un libro que se llama *Don Quijote*, lo sabría sin preguntar. Dijo que allí había cientos de soldados y elefantes y tesoros, pero unos magos los habían convertido en picnic, para despistarnos.

Entonces pregunté cómo podíamos atacar a los magos.

–¿No sabes que un mago puede llamar a un montón de genios que te atraparían en menos de un minuto? –dijo Tom.

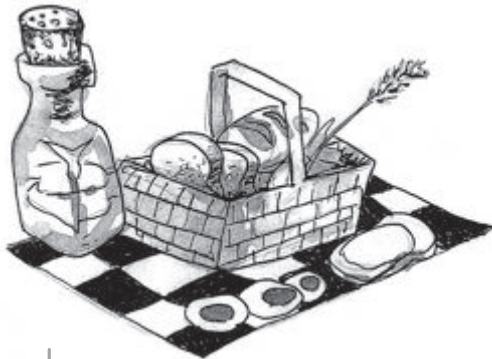
–¿Y si logramos que algunos de esos genios nos ayuden a nosotros? –pregunté.

–¿Cómo lo harías?

–No sé. ¿Cómo lo hacen ellos?

–Pues frotan una vieja lámpara de hojalata o un anillo de hierro y aparecen los genios que cumplen sus deseos.

Me quedé pensando en eso durante dos o tres días, y decidí comprobar si esa historia era verdadera. Me fui al bosque con una lámpara vieja de hojalata y un anillo de hierro y froté y froté hasta el cansancio, pero ningún genio apareció. Entonces pensé que era una de las tantas mentiras de Tom Sawyer. Supongo que él creía lo de los árabes y los elefantes, pero yo pienso diferente. Todo eso parecía un picnic de la escuelita de la parroquia.



CAPÍTULO 4

Ya habían pasado tres o cuatro meses y estábamos en invierno. Había ido a la escuela casi todos los días; sabía el abecedario, podía leer y escribir un poco. Y aprendí las tablas de multiplicar. Sabía que seis por siete era treinta y cinco, pero hasta ahí. Ni en un millón de años podría aprenderme el resto.

Cuanto más tiempo iba a la escuela, más fácil me resultaba. También me estaba empezando a acostumbrar a vivir con la viuda. Decía que yo avanzaba con pasos lentos pero seguros y que no la hacía pasar vergüenza.

Una mañana, en el desayuno, volqué sin querer el salero. Manoteé un poco de sal para tirarla por encima de mi hombro izquierdo y alejar la mala suerte, pero la señorita Watson no me dejó.

–Saca las manos de ahí, Huckleberry –dijo–. ¡Mira el enchastre que haces!

Después de desayunar me fui preocupado y asustado; me preguntaba qué iba a suceder. Hay maneras de escapar de ciertas clases de mala suerte, pero no de esta.

Salí al jardín y crucé el cerco de madera. El suelo estaba cubierto de nieve y vi unas huellas. Venían de la cantera, se detenían ante la puerta y bordeaban el cerco. Cuando me agaché a mirarlas, al principio no noté nada, pero después sí. En la suela del taco izquierdo había una cruz hecha con clavos, para alejar al diablo.

Me levanté de golpe y corrí hasta la casa del juez Thatcher. Me dijo:

–Vaya, hijo, estás sin aliento. Tu dinero ha dado intere-

ses, más de ciento cincuenta dólares. ¿Vienes a cobrar?

–No, señor –respondí–. No los quiero, y tampoco los seis mil. Quiero darle todo a usted.

–Estoy confundido. ¿Pasó algo malo?

–Por favor, quédese y no me pregunte nada... Así no tendré que decir mentiras.

–¡Ah! –dijo luego de pensar un poco–. Quieres venderme todos tus bienes; no regalármelos. Eso es lo correcto.

Después escribió algo en un papel.

–Mira. Aquí dice “por la suma acordada”. Eso significa que compré tus bienes y te pagué. Toma un dólar. Ahora firma.

Así que firmé el papel y me fui.

El negro Jim tenía una bola de pelos que había sacado del estómago de un buey. Según él, era mágica y lo sabía todo. Así que fui a verlo esa noche y le conté que mi papá había vuelto, que había visto sus huellas en la nieve. Quería saber si pensaba quedarse mucho tiempo. Jim sacó su bola de pelos, dijo unas palabras y la tiró al suelo. Luego se arrodilló, acercó su oreja a la bola y escuchó. Pero al parecer no quería hablar sin recibir dinero. Yo le dije que tenía una vieja moneda falsa de veinticinco centavos. Jim aceptó el trato y la puso debajo de la bola. Y esta vez, la bola de pelos le habló. Y él me contó a mí:

–Tu viejo no sabe qué hacer. A veces quiere irse y otras veces quiere quedarse. Lo mejor es dejar que haga lo que quiera. A ti te irá bien. Tendrás muchos problemas en la vida pero también alegrías.

Cuando encendí mi vela y subí a mi habitación, ahí estaba a mi papá... ¡en persona!

CAPÍTULO 5

Yo siempre le tuve miedo a mi papá, porque solía castigarme. Pero ahora, después del primer susto, porque no esperaba que volviera, me di cuenta de que no era para tanto.

Me quedé mirándolo; él siguió sentado, con la silla inclinada hacia atrás.

–Tu ropa está planchada... Te crees un niño rico, ¿no?
–dijo después de un rato.

–A lo mejor sí... A lo mejor no –respondí.

–Y me contaron que sabes leer y escribir. ¿Quién te dio permiso?

–La viuda.

–Nadie en la familia aprendió a leer. Yo no sé, y tú te estás volviendo engreído. Oye, quiero escuchar cómo lees.

Agarré un libro y empecé a leer algo sobre el general Washington y las guerras. De repente, me arrancó el libro y lo tiró contra la pared.

–Así que es verdad. Pues mira, no quiero que vayas más a esa escuela... ¿Y por qué dicen todos que tienes dinero? ¿Cómo es eso?

–Mienten, así es eso.

–No seas insolente. Mañana mismo me traes ese dinero; lo quiero.

–No tengo dinero.

–Mentira. El juez Thatcher lo tiene guardado.

–No tengo nada. Si le preguntas al juez Thatcher, te dirá lo mismo.

–Muy bien. Le voy a preguntar. Ahora dame lo que tengo en el bolsillo.

–Solo tengo un dólar y lo quiero para...

–No importa para qué lo quieres... Dámelo.

Se lo di, lo mordió para ver si era bueno, y después se fue.

Al día siguiente fue a pedirle el dinero al juez Thatcher, pero no lo consiguió y prometió que lo iba a demandar.

El juez y la viuda fueron a la corte para pedir que le quitasen la custodia a mi papá y que uno de ellos fuera mi tutor, pero había llegado un juez nuevo y no conocía a mi viejo, así que dijo que prefería no separar a un hijo de su padre.

El viejo se puso muy contento. Dijo que me iba a castigar si no conseguía algo de dinero. Le pedí prestados tres dólares al juez Thatcher, y mi papá se emborrachó e hizo tanto escándalo en el pueblo que lo metieron en la cárcel por una semana.



CAPÍTULO 6

Al poco tiempo, mi papá ya se sentía mejor y quiso hacerle un juicio al juez Thatcher para obligarlo a que le diera el dinero.

Empezó a pasar demasiado tiempo vigilando la casa de la viuda, así que ella le pidió que se alejara si no quería meterse en problemas. Eso lo puso furioso. Dijo que iba a demostrarles a todos quién era el dueño de Huckleberry Finn. Así que un día de primavera me llevó en bote hasta Illinois, a una vieja cabaña de troncos escondida entre los árboles. Vivimos en esa cabaña y siempre cerraba la puerta con llave; por las noches, la ponía debajo de la almohada.

No tardé mucho en acostumbrarme a vivir ahí, y me gustaba... salvo cuando mi papá me castigaba. Todo era bastante tranquilo y la pasaba bien. No tenía que hacer nada, solo pescar, y no había libros ni lecciones. Habían pasado dos o tres meses y mi ropa ya estaba rota y sucia. No entendía cómo me había gustado estar en casa de la viuda, donde había que lavarse, comer en un plato, peinarse y acostarse temprano. Ya no quería volver.

Pero, con el tiempo, mi papá empezó a castigarme por cualquier cosa y no podía soportarlo. Además, cada vez se iba por más tiempo y me dejaba encerrado. Una vez desapareció por tres días. Me sentí terriblemente solo y tuve miedo. Entonces decidí escaparme de alguna manera. Después de buscar mucho, por fin encontré un viejo serrucho oxidado y sin mango metido entre las tejas del techo. Al fondo de la cabaña, había una manta clavada en los troncos detrás de la mesa, para que el viento no entrara por las grietas

y apagara las velas. Me metí debajo de la mesa, levanté la manta y serruché los troncos para hacer un agujero. Me llevó mucho tiempo pero ya estaba casi por terminar cuando oí que mi papá se acercaba y escondí todo.

El viejo me ordenó ir al bote a buscar lo que había traído: una bolsa de harina de maíz, tocino, municiones, whisky, un libro viejo y papel de diario para tapar las ranuras. Llevé una parte y volví a sentarme en el bote a descansar. Repasé bien el plan, y decidí escaparme esa misma noche.

Después de la cena, mi papá bebió demasiado y se tiró a dormir. Pensé que en una hora podría tomar la llave o terminar de serruchar el agujero, alguna de las dos cosas. Pero no tuve suerte; a cada rato se despertaba. Yo tenía tanto sueño que se me cerraban los ojos, y sin darme cuenta me quedé dormido con la vela encendida.



CAPÍTULO 7

–¡Vamos, arriba!

Abrí los ojos y miré para todos lados. Ya había salido el sol y yo había dormido como un tronco.

–Vete a buscar algún pescado para el desayuno –dijo mi papá mientras abría la puerta.

En la orilla vi pedazos de ramas y cortezas de árbol que flotaban y comprendí que el río había empezado a crecer. En eso, vi que se acercaba una canoa estupenda, de tres o cuatro metros de largo. Me tiré al agua de cabeza, con la ropa puesta, y nadé hacia la canoa. Imaginé que podía haber alguien dentro, pero estaba vacía. Me metí en ella y la llevé hasta la orilla. Pensé que el viejo se alegraría al verla: valía al menos unos diez dólares. Pero cuando llegué a la orilla se me ocurrió otra idea: decidí que iba a esconderla para usarla cuando me escapara.

Al mediodía, mi papá y yo bordeamos el río, que crecía a toda velocidad. En el agua apareció un pedazo de balsa: nueve troncos atados. Cualquiera, salvo mi papá, hubiera esperado allí todo el día para recoger más cosas, pero ese no era su estilo. Para él nueve troncos eran suficientes; tenía que ir al pueblo a venderlos. Así que hacia las tres y media me encerró y se fue. Según mis cálculos, esa noche no volvería. Saqué mi serrucho y me puse a trabajar en el tronco de nuevo. Antes de que él llegara al otro lado del río, yo ya había salido por el agujero.

Tomé la bolsa de harina de maíz y la llevé hasta la canoa escondida; después hice lo mismo con el tocino. Me llevé el café y el azúcar, el papel, el balde y la cantimplora; me llevé



un cucharón, una taza de metal, mi serrucho, dos mantas, la sartén y la cafetera. Tomé las cañas de pescar, los fósforos y todo lo que tenía algún valor. Vacíé la cabaña. Por último, agarré la escopeta ¡y listo!

Tapé como pude el agujero por el que había escapado. Después volví a dejar en su sitio el pedazo de tronco y lo sujeté con piedras para que no se cayera. El camino a la canoa era de hierba, así que no había dejado huellas. Tomé la escopeta y recorrí el bosque. Buscaba pajaritos para cazar cuando vi un cerdo salvaje. Lo cacé y me lo llevé al campamento.

Agarré el hacha que dejábamos sobre el montón de leña y destrocé la puerta. Esparcí la sangre del cerdo en la tierra. Después busqué una bolsa vieja y la llené de piedras grandes. La arrastré desde la puerta de la cabaña hasta el río, y la arrojé; se hundió y desapareció. Era fácil ver que se había arrastrado algo por el suelo. ¡Cómo me hubiera gustado que estuviera Tom Sawyer! Nadie se entusiasmaba más que él con estas cosas.

Bien, por último, me arranqué un mechón de pelo, manché el hacha con sangre y se lo pegué, y después tiré el hacha en un rincón.

Ya estaba oscureciendo, así que metí la canoa en el río, escondida debajo de unos sauces, y esperé a que saliera la luna. Mientras comía algo, me puse a pensar: “Van a creer que unos ladrones me mataron y se llevaron las cosas. Muy bien, puedo ir a donde quiera. La isla de Jackson es un buen lugar para mí; la conozco y nadie la visita”.

Cuando estaba a punto de partir, escuché el ruido seco y pausado que hacen los remos en el silencio de la noche. Espié por entre las ramas de los sauces y vi que un bote se

balanceaba en el río. Pasó tan cerca que podría haberlo tocado. Y resultó que era mi papá.

No perdí el tiempo. Al instante me lancé a remar río abajo, en silencio pero rápido, a la sombra de la ribera. Recorrí unos tres kilómetros y luego me acosté en el fondo de la canoa y dejé que flotara sola. Me quedé así, contemplando el cielo; no había ni una nube. El cielo parece tan profundo cuando uno se acuesta de espaldas a la luz de la luna... Nunca me había dado cuenta de eso. ¡Y cuántas cosas se oyen a lo lejos en noches así!



El sol estaba tan alto cuando me desperté en la isla que supuse que eran más de las ocho. Me quedé tirado en el pasto, a la sombra fresca, pensando un poco. Me sentía descansado, muy cómodo y satisfecho... No quería levantarme ni para hacer el desayuno. Pero en eso, cuando estaba a punto de dormirme otra vez, me pareció escuchar un “¡Bum!” a lo lejos. Me levanté de un salto y espí por un hueco entre las hojas de los árboles. Se acercaba el ferri, lleno de gente. Entonces comprendí lo que pasaba: estaban disparando cañones sobre al agua, para que mi cuerpo saliera a la superficie.

Luego de un rato, el ferri se acercó tanto que los pasajeros podían haber bajado a tierra. Estaban casi todos: mi papá, el juez Thatcher y su esposa, Joe Harper, Tom Sawyer y su tía Polly, y muchos más. Todos hablaban del asesinato, pero el capitán los hizo callar.

—Presten atención, aquí es donde más se acerca la corriente y a lo mejor el cuerpo flotó hasta la orilla y se enredó entre la maleza. Al menos, eso espero.

Yo, en cambio, no esperaba lo mismo que él. Se amontonaron todos para mirar asomados a la baranda, casi en mi cara. Yo podía verlos muy bien, pero ellos a mí, no.

Entonces el capitán gritó: “¡Apártense!”, y el cañón explotó tan fuerte frente a mí que me dejó sordo y casi ciego por el humo. Si le hubieran puesto una bala, calculo que habrían conseguido el cadáver que buscaban. Por suerte, no me hizo nada. El barco siguió viaje y desapareció. De vez en cuando oía los cañonazos, cada vez más lejos. Cuando

llegaron a la punta de la isla, dejaron de disparar y fueron hacia la orilla de Missouri y volvieron al pueblo.

En ese momento comprendí que estaba a salvo. Nadie iba a venir a buscarme nunca más. Saqué mis cosas de la canoa y acampé en medio del bosque. Hice una especie de tienda con las mantas para proteger mis cosas de la lluvia. Pesqué un bagre, lo abrí con el serrucho y hacia el anochecer encendí un fogón y cené.

Pasaron tres días con sus noches y no hubo ningún cambio... siempre lo mismo. Pero al cuarto día fui a explorar la isla. Yo era el jefe; todo lo que había en la isla era mío, como quien dice, y quería hacer un inventario, pero sobre todo necesitaba distraerme. Encontré las mejores frutillas, y uvas verdes y moras casi maduras.

Curioseaba por ahí, cuando de repente descubrí las cenizas de un fogón que todavía echaba humo. Mi corazón latió con fuerza. Me fui en silencio, en puntas de pie, lo más rápido que pude. De vez en cuando me detenía entre las hojas y escuchaba, pero mi respiración era tan fuerte que no podía oír nada más.

Cuando llegué al campamento, no me sentía tranquilo ni muy valiente, pero me dije: “No es momento de perder el tiempo”. Así que volví a meter todas mis cosas en la canoa, apagué el fogón, esparcí las cenizas por ahí y después me trepé a un árbol.

Creo que estuve unas dos horas en el árbol, pero no vi ni oí nada. Tampoco me podía quedar ahí para siempre, así que bajé y me metí en el bosque, siempre alerta. “No puedo seguir viviendo así –me dije–. Tengo que saber quién está en la isla”. Eso me hizo sentir mejor.

Así que subí a la canoa y remé cerca de la orilla. Busqué

durante una hora, en un silencio total, hasta que llegué casi a la punta de la isla. Empezó a soplar vientito fresco, y eso quería decir que la noche estaba por terminar. Di un golpe de remo y acerqué la canoa a la costa; saqué la escopeta y me metí en el bosque. Al rato, vi con claridad un resplandor de fuego entre los árboles. Fui hacia él, con mucho cuidado y calma. Había un hombre tirado en el suelo. Casi me da un infarto. Tenía la cabeza envuelta en una manta, justo al lado del fuego. Poco después bostezó, se estiró y se quitó la manta... ¡Era Jim! ¡Qué feliz estaba de verlo!

–¡Hola, Jim! –grité dando un salto.

Él se levantó de golpe y me miró con ojos desorbitados. Después se arrodilló, juntó las manos y me rogó:

–No me lastimes, ¡por favor! Siempre fui amable con los fantasmas. Vuelve al río, donde tienes que estar, y no le hagas nada al viejo Jim, que fue tu amigo.

Bueno, no tardé mucho en hacerle entender que no estaba muerto. Nunca en la vida me había alegrado tanto de ver a Jim. Ya no me sentía solo.

–Ya es de día –le dije–. Vamos a buscar el desayuno. Prende el fogón.

–¿Un fogón para cocinar frutillas?

–¿Solo comes eso?

–Es lo único que encuentro –respondió él.

–Debes tener hambre entonces.

–Creo que podría comerme un caballo. Ah, pero tú traes escopeta. ¡Eso sí que es bueno! ¿Por qué no vas a cazar algo mientras yo enciendo el fuego?

Así que fuimos hasta la canoa y mientras él hacía un fogón entre los árboles, yo fui a buscar harina y tocino y café, y la cafetera y la sartén y el azúcar y unas tazas. El negro se

sorprendió tanto que pensó que estaba haciendo brujerías. También atrapé un buen bagre y Jim lo limpió con su navaja y lo frío.

Cuando el desayuno estuvo listo, nos tiramos en el pasto a comer.

–Hay algo que no entiendo, Huck –dijo Jim al rato–. ¿A quién mataron en la cabaña?

Entonces le conté toda la historia y me dijo que había sido muy astuto, que ni Tom Sawyer podía inventar algo así.

–¿Y por qué viniste aquí, Jim?

–Si te cuento, ¿prometes no decirle a nadie?

–Lo prometo.

–Bueno, te creo. Me... me escapé. La señorita Watson no me trata muy bien, pero siempre dijo que no me vendería en Orleans. Pero he visto a un hombre visitar varias veces la casa y empecé a ponerme nervioso. Una noche escuché que la vieja le decía a la viuda que me iba a vender por ochocientos dólares. Te aseguro que me marché lo más rápido que pude.

–Bueno, Jim, de todas maneras ya no importa.

–Sí, soy dueño de mí mismo y valgo ochocientos dólares. Si me dieran esa plata, para mí sería suficiente.



Yo quería volver a un lugar que había encontrado en medio de la isla mientras curioseaba, así que nos pusimos en marcha.

Era una colina larga y empinada, de unos doce metros de alto. Después de trepar y caminar por todos lados, encontramos una cueva entre las rocas, casi arriba de todo. Era tan grande como dos o tres habitaciones juntas, y Jim podía estar parado adentro. Era fresca.

Jim dijo que si escondíamos la canoa y metíamos todas nuestras cosas en la cueva, podíamos ocultarnos de cualquiera que llegara a la isla. Y que, además, los pajaritos habían dicho que iba a llover, ¿acaso quería que se mojara nuestro botín?

Así que arrastramos todo hasta allí y después buscamos un sitio cerca para esconder la canoa, en medio de los grandes sauces. Dentro de la cueva, tendimos las mantas en el piso y nos sentamos a comer. Pronto oscureció y comenzaron los truenos y los relámpagos, así que los pajaritos tenían razón. Enseguida empezó a llover con furia; nunca había visto al viento soplar así. Era una clásica tormenta de verano. Estaba tan oscuro que afuera todo parecía negro azulado y muy hermoso, y la lluvia era tan fuerte que los árboles más alejados se veían borrosos, como si estuvieran cubiertos de telarañas.

–Jim, qué lindo es todo esto –dije–. No me gustaría estar en ninguna otra parte. Dame un pedazo de pescado y un poco de pan de maíz caliente.

–No estarías aquí si no fuera por Jim. Estarías afuera, en

el bosque, empapado. Los pollitos saben cuándo va a llover, y los pajaritos también.

Durante diez o doce días el río siguió creciendo, hasta que empezó la inundación. De día dábamos la vuelta a la isla remando en la canoa. En los árboles caídos se veían conejos, serpientes y ese tipo de cosas, y luego de un par de días estaban tan mansos por el hambre que hasta los podía acariciar.

Una noche atrapamos una balsa de troncos de pino. Otra noche, cuando estábamos en la punta de la isla, justo antes del amanecer, apareció una casa flotando desde el oeste. Tenía dos pisos y estaba muy inclinada. Remamos hasta ella y entramos. Había una cama, una mesa, dos sillas viejas, un montón de cosas desparramadas en el suelo. Había algo tirado en un rincón; parecía un hombre. Jim se acercó y saludó, pero el hombre ni se movió.

—Está muerto —dijo Jim—. No mires, Huck.

Yo ni miré. Jim lo tapó con una manta pero no hacía falta, porque no quería verlo. Había un montón de naipes sucios tirados en el suelo y ropa colgada en la pared: dos viejos vestidos de percal sucios, una capelina, ropa interior de mujer y prendas de hombre. Metimos todo lo que encontramos en la canoa, para algo iba a servir.

Cuando nos marchamos de allí era pleno día, así que le pedí a Jim que se recostara en la canoa y se tapara con una manta, porque si alguien pasaba podía notar desde lejos que era negro. Llegamos a casa sanos y salvos.

Después del desayuno, hurgamos en la ropa que habíamos conseguido y encontramos ocho dólares en monedas escondidas en el forro de un viejo sobretodo. Entonces, le dije a Jim:



–Ayer, cuando traje la piel de serpiente que encontré en la colina, dijiste que tocarla nos iba a traer la peor mala suerte del mundo. Bueno, ¡pues mira qué mala suerte! Conseguimos un montón de cosas y además ocho dólares.

–Eso no importa, niño. Ya llegará.

Y sí que llegó. El viernes entré en la cueva a buscar algo y encontré una serpiente de cascabel. La maté y la enrosqué a los pies de la manta de Jim, para divertirme un poco cuando él la viera. Bueno, a la noche ya me había olvidado del asunto, y resulta que cuando Jim se acostó allí estaba la compañera de la serpiente, y lo picó en el talón. Y eso pasó porque yo había sido tan tonto que no recordé que siempre que uno mata a una serpiente aparece su compañera.

Jim estuvo tirado cuatro días y cuatro noches, hasta que su pie se deshinchó y pudo volver a caminar. Decidí que nunca más volvería a agarrar una piel de serpiente con las manos, ahora que había visto lo que podía pasar. Jim dijo que eso traía tanta mala suerte que a lo mejor todavía no se había terminado.

Los días pasaron y el río volvió a bajar, y lo primero que hicimos fue preparar un gran anzuelo con un pedacito de carne de conejo. Pescamos un bagre tan grande como un hombre, porque medía dos metros y pesaba como noventa kilos.

A la mañana siguiente estaba tan aburrido que le dije a Jim que tenía ganas hacer algo. Mi idea era cruzar el río para saber qué pasaba en el pueblo. Jim se entusiasmó, pero opinó que debía esperar hasta la noche y tener mucho cuidado. Después de pensar un rato, me preguntó si me animaba a usar la ropa vieja para disfrazarme de niña. Me pareció una buena idea. Así que acertamos uno de los

vestidos de percal y yo me arremangué los pantalones hasta las rodillas y me lo puse. También me puse la capelina y me la até bajo el mentón. Jim dijo que nadie me reconocería, ni siquiera de día.

Apenas oscureció, salí en la canoa rumbo a la costa de Illinois. Cuando llegué al pueblo, caminé por la orilla. Había una luz encendida en una cabaña que había estado deshabitada durante mucho tiempo y me pregunté quién estaría allí. Me asomé a la ventana y espí. Vi a una mujer de unos cuarenta años que tejía a la luz de una vela sobre una mesa de pino. Nunca la había visto, así que era una forastera, porque conocía muy bien todas las caras en el pueblo. Toqué la puerta y traté de no olvidar que yo era una niña.



–Adelante –dijo la mujer.

Entré y me senté.

–¿Cómo te llamas?

–Sara Williams.

–¿Dónde vives? ¿Queda cerca tu casa?

–No, señora. En Hookerville, a unos tres kilómetros de aquí. Vine caminando y estoy cansadísima. Vine a pedirle ayuda a mi tío Abner Moore, porque mi mamá está enferma y no tiene dinero. Mi tío vive en la otra punta del pueblo. ¿Usted lo conoce?

–No, pero no conozco a todos. Solo hace dos semanas que vivo aquí. Estás muy lejos. Es mejor que esta noche duermas con nosotros. Quitate el sombrero.

–No –dije–. Creo que descansaré un rato y después seguiré viaje. No le tengo miedo a la oscuridad.

Ella dijo que no podía permitir que me fuera sola, pero que su marido estaba por llegar y podía acompañarme. Después se puso a hablar del marido y los parientes, y supuse que me había equivocado al creer que podía contarme lo que pasaba en el pueblo. Pero al rato empezó a hablar de mi papá y del asesinato. Me contó cómo Tom Sawyer y yo habíamos encontrado doce mil dólares (aunque ella dijo que eran veinte) y habló de lo malo que era mi papá, y de lo malo que era yo, y por fin llegó a la parte en que me asesinaban.

–¿Quién fue? –pregunté–. En Hookerville se habló mucho de eso, pero no sabemos quién mató a Huck Finn.

–Algunos dicen que fue el propio viejo Finn.

—¿Eso dicen?

—Al principio todos creían eso. Pero luego empezaron a sospechar que el asesino era un negro fugitivo que se llama Jim. Se escapó la misma noche que murió Huck. Así que ahora ofrecen una recompensa de trescientos dólares por él. También hay una recompensa por el viejo Finn de doscientos dólares. Seguramente atraparán al negro muy pronto y quizás confiese.

—Pero ¿lo están buscando?

—¡Qué inocente eres! ¡Claro! ¿Te parece que trescientos dólares se consiguen todos los días? Algunos creen que el negro no puede estar muy lejos. Y yo creo lo mismo... Escuché que en la isla de Jackson no vive nadie, pero estoy casi segura de haber visto humo por allí hace un par de días. Quizás sea él. Mi marido y otro hombre van a ir a buscarlo.

Me puse tan nervioso que no podía quedarme quieto.

—¿Su marido irá esta misma noche? ¿No sería mejor ir de día?

—Después de medianoche lo más probable es que esté dormido, y se pueden meter en el bosque y buscar el fogón en la oscuridad, si es que tiene uno.

—No se me había ocurrido.

La mujer me miraba con curiosidad y yo me sentía incómodo.

—¿Cómo dijiste que te llamabas, querida?

—M... Mary Williams.

—Creí que habías dicho que te llamabas Sara.

—Ay, sí, señora, es cierto. Sara Mary Williams. Algunos me llaman Sara y otros Mary.

—Dime cuál es tu verdadero nombre. ¿Bill? ¿Tom? ¿Bob?



–Por favor, no se burle de una pobre chica como yo, señora. Si molesto, me...

–No te vas a ir. Siéntate y quédate quieto. No le voy a contar a nadie. Creo que eres un aprendiz que se escapó. No tiene nada de malo. Te trataron mal y te escapaste. Cuéntame todo, como un buen chico.

Así que le dije que no tenía sentido seguir fingiendo, que mis padres habían muerto y que la ley me había mandado a la casa de un campesino viejo y egoísta que me trataba mal. Le dije que creía que mi tío Abner Moore podía cuidarme y que por eso había venido a Goshen.

–Esto no es Goshen, hijo. Esto es San Petersburgo. ¿Quién te dijo que esto era Goshen?

–Un hombre que encontré esta mañana. Me dijo que al llegar al cruce debía doblar a la derecha y caminar siete kilómetros.

–Te explicó exactamente al revés.

–Ya no importa. Si me voy ahora, llegaré a Goshen antes del amanecer.

–Espera un momento. Voy a darte algo para que comas en el camino. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

–George Peters, señora.

–Bueno, George, trata de recordarlo. No me digas antes de irte que te llamas Elexander. Y no te acerques a las mujeres con ese vestido viejo. No imitas bien a las chicas, pero quizás puedas engañar a los hombres. Ahora, corre hasta la casa de tu tío, Sara Mary Williams George Elexander Peters.

Caminé por la orilla y busqué la canoa. Cuando llegué remando a la punta de la isla no me detuve a descansar, aunque me faltaba el aire, sino que seguí hasta el lugar del

bosque donde solíamos acampar al principio y encendí un buen fogón.

Después salté a la canoa y remé lo más rápido que pude hasta llegar a la cueva. Allí estaba Jim, dormido como un tronco en el suelo. Lo desperté y le dije:

—¡Levántate, rápido! ¡Nos están buscando!

Jim no hizo preguntas ni dijo una palabra, pero por la forma en que se puso a trabajar para apilar todo lo que teníamos en la balsa, se notaba que estaba muy asustado.



CAPÍTULO II

Supongo que era casi la una de la mañana cuando por fin empezamos a alejarnos de la isla.

Con los primeros rayos del sol, atracamos en un banco de arena de la costa de Illinois y tapamos la balsa con unas ramas de álamo.

Veíamos montañas del lado de Missouri y un bosque frondoso del lado de Illinois. Cuando empezó a oscurecer, Jim armó una cómoda tienda india para refugiarnos del calor y de la lluvia.

Cada noche salíamos a navegar y pasábamos por algún pueblo. A eso de las diez, íbamos hasta la costa y yo bajaba a comprar quince centavos de harina o de tocino o alguna otra cosa para comer, y a veces atrapaba algún pollo que estaba fuera del gallinero.

Por las mañanas, antes del amanecer, me metía en los sembradíos y me llevaba prestada una sandía, o un melón, o una calabaza, o algún choclo, y cosas por el estilo. Mi papá decía siempre que no tenía nada de malo llevarse cosas prestadas si uno prometía pagarlas alguna vez, pero la viuda decía que eso se llamaba robar y que las personas honradas no lo hacían.

Una noche, después de pasar por Saint Louis, hubo una gran tormenta con truenos, relámpagos y una lluvia torrencial. Cuando nos iluminaba un relámpago, podíamos ver el río.

—¡Mira eso, Jim! —grité de pronto.

Era un barco de vapor que había chocado contra una roca. Como era una noche de tormenta y todo parecía tan misterioso, pensé lo mismo que cualquier otro chico cuando

vi ese barco naufragado, tan triste y solitario en medio del río. Quería subir e investigar un poco.

Pero al principio Jim no estaba de acuerdo.

–Guarda una vela en el bolsillo, Jim, no puedo aguantar las ganas de ver qué hay. ¿Te crees que Tom Sawyer dejaría pasar esta oportunidad? Ni hablar. Subiría al barco aunque le costara la vida. Y después se mandarían la parte, como si fuera Cristóbal Colón descubriendo el Paraíso.

Jim gruñó un poco, pero al final aceptó. Nos acercamos a la cubierta de estribor y allí amarramos. Caminamos hacia babor, en la oscuridad, rumbo a los camarotes. Pasamos por la puerta del capitán, que estaba abierta, y... ¡vimos una luz! ¡Y además nos pareció oír voces!

Jim me susurró que se sentía mal y se fue a buscar la balsa. Pero cuando yo estaba por hacer lo mismo, escuché que alguien suplicaba:

–¡Por favor, muchachos, no los voy a delatar!

Otro dijo en voz muy alta:

–Mientes, Jim Turner. Ya lo hiciste otras veces. Siempre quieres una parte más grande del botín para no decirle nada a nadie. Pero esta vez nos cansaste.

No pude aguantar la curiosidad. Me tiré al suelo y me arrastré por un pasillito oscuro. Cuando llegué al último camarote, vi a un hombre atado de pies y manos, y a otros dos parados junto a él. Uno de ellos tenía un farol y el otro, una pistola.

–Deberíamos matarlo –dijo el de la pistola.

–Deja esa pistola, Bill –contestó el otro.

–No quiero, Jake.

–Escucha –murmuró Jake–, podemos esconder el botín en la orilla y esperar. Yo pienso que en menos de dos horas



este barco se partirá en dos y lo arrastrará la corriente. ¿Te das cuenta? Se ahogará y nadie podrá culparnos por eso.

–Puede ser. Pero ¿si no se rompe? ¿Y si la corriente no se lo lleva?

–Bueno, podemos esperar un rato a ver qué pasa, ¿no?

–Está bien, vamos.

Apenas se fueron, salí a cubierta, temblando de miedo, y susurré:

–Rápido, Jim, no perdamos tiempo. Ahí adentro hay unos tipos muy malos. Tenemos que encontrar su bote y soltarlo para que se lo lleve el río. Tenemos que impedir que escapen y hacer que la policía los encuentre. ¡Rápido! Corre a la balsa, y...

–Ya no hay balsa –se lamentó Jim–. ¡Se soltó y se la llevó la corriente! Estamos perdidos...



Casi me desmayo. ¡Estábamos atrapados en un barco a punto de hundirse con esos tipos peligrosos!

Pero no había tiempo para lloriquear, teníamos que encontrar el bote de ellos cuanto antes... Caminamos con miedo hasta el final del pasillo y ¡lo encontramos! ¡Qué felicidad! Pero justo cuando íbamos a saltar, se abrió la puerta. Uno de los hombres se asomó, a menos de un metro de donde yo estaba, y pensé que era el fin. Pero retrocedió y dijo:

–¡Apaga ese farol, Bill!

Tiró al bote una bolsa que tenía algo adentro y luego se subió. Era Packard. Después subió Bill.

–¿Revisaste a Jim Turner? –preguntó Bill.

–No. ¿Y tú?

–No. Eso quiere decir que todavía tiene su parte del dinero.

–Bueno, volvamos. No tiene sentido llevarnos las cosas y dejar el dinero.

Así que volvieron a entrar. A los pocos segundos, Jim y yo ya nos habíamos metido en el bote. Corté la cuerda con mi navaja, ¡y nos fuimos!

Ni siquiera tocamos los remos, tampoco hablamos, casi no respiramos. Cuando dejamos el barco atrás, supimos que nos habíamos salvado. Fue en ese momento que, por primera vez, sentí lástima por esos tipos... Pensé en lo horrible que era, hasta para un ladrón, pasar por algo así. Por eso, le dije a Jim:

–Apenas vea una luz, bajaré solo e inventaré algún cuento para que vayan a buscar a los de la banda.

Logré pedir ayuda, pero comenzó a diluviar y creo que no pudieron salvarlos. Igual, me sentía bien por haberme preocupado por ellos. La viuda estaría orgullosa de mí por ayudar a esos sinvergüenzas.

Un poco antes del amanecer, llegamos a una isla. Después de dormir un poco, nos pusimos a revolver el botín. Había botas, mantas, ropa, libros, un largavista y muchas cosas más. Nunca en la vida habíamos sido tan ricos.

Nos pasamos toda la tarde tirados en el pasto. Le leí a Jim muchas historias sobre reyes, duques, condes y ese tipo de cosas. Le conté que eran muy elegantes y que entre ellos no se decían “señor” sino “su majestad”, “su señoría” o “su excelencia”. Parecía que a Jim se le iban a salir los ojos de tan interesado que estaba.

—No sabía que había tantos. Solo escuché hablar del rey Salomón y de los reyes de los mazos de cartas. ¿Cuánto gana un rey?

—No menos de mil dólares por mes. Y pueden tener lo que quieran. Todo es suyo.

—¿En serio? Y ¿qué tienen que hacer?

—¡Nada! Se quedan sentados ahí y nada más.

Le hablé de Luis XVI y de su hijo pequeño, el delfín, que podría haber sido rey pero lo metieron en la cárcel.

—Pobrecito.

—Pero algunos dicen que se escapó y vino a América.

—Pero aquí no hay reyes, ¿cómo consiguió trabajo?

—Bueno, no sé. Algunos se hacen policías y otros dan clases de francés.

—Pero, Huck, ¿los franceses no hablan como nosotros?

—No, Jim. No entenderías ni una sola palabra de lo que

dicen. Imagina que viene un hombre y te dice “*Parlez vous français?*”. ¿Qué harías?

–Le daría una trompada.

–Pero solo quiere saber si hablas francés.

–Bueno, entonces, ¿por qué no lo pregunta bien?

–Pero, Jim, los gatos y las vacas no hablan igual que nosotros. Y eso es normal, ¿no?

–Claro.

–Entonces, ¿por qué un francés no puede hablar diferente?

–Huck, ni los gatos ni las vacas son hombres. No tienen por qué hablar como nosotros. Pero los franceses sí son hombres. Entonces, que hablen bien.

Me di cuenta de que no tenía sentido seguir hablando... Era imposible discutir con el negro Jim. Así que me callé.



Pensamos que en tres noches más llegaríamos a Cairo, al sur de Illinois. Allí podíamos vender la balsa y tomar un barco de vapor hasta los estados libres, donde se terminarían todos nuestros problemas.

En la segunda noche nos rodeó la niebla y remamos hasta un banco de arena, pero cuando me adelanté en la canoa para amarrar la balsa, solo encontré pequeños troncos. Até la cuerda a uno de ellos, pero la corriente era muy fuerte y la balsa se zafó. Comencé a perseguirla remando a toda velocidad, pero cuando me alejé del banco de arena quedé atrapado en medio de la niebla espesa y ya no tenía ni la menor idea de dónde estaba.

Pensé que no servía de nada remar. Escuché un grito a lo lejos, pero no se puede saber de dónde vienen las voces en medio de la niebla. Estaba tan cansado que decidí acostarme en la canoa a dormir una siestita.

Pero creo que fue más que una siestita, porque al despertar el cielo estaba estrellado, la niebla había desaparecido y yo avanzaba a toda velocidad por el recodo del río. A lo lejos vi una mancha negra en el agua: era la balsa. Cuando me acerqué, vi a Jim, que dormía sentado. Uno de los remos se había roto y la balsa estaba llena de hojas, ramas y tierra. Así que la había pasado bastante mal.

Amarré y me acosté en la balsa junto a Jim, y empecé a bostezar y a estirar los brazos.

—Hola, Jim, ¿me quedé dormido? ¿Por qué no me despertaste?

—¡Dios mío! ¡Estás aquí, mi niño! ¿Cómo puede ser?

–¿Qué pasa, Jim? ¿De qué estás hablando?

–Huck Finn, mírame a los ojos. ¿No te perdiste en la niebla? ¿No escuchabas mis gritos?

–Me parece que te volviste loco, Jim. Estuve toda la noche sentado acá, charlando contigo hasta que te quedaste dormido. Quizás lo soñaste.

–Entonces lo soñé. Te confieso que fue el sueño más real que tuve en mi vida.

–Y si lo soñaste, ¿qué crees que significan la balsa sucia y el remo roto?

Jim miró la basura en la balsa, después a mí y después a la basura otra vez.

–Voy a decirte qué significa. Cuando me cansé de esforzarme tanto y de llamarte a los gritos, me quedé dormido. Se me partía el corazón porque te habías perdido y ya no me importaba lo que pudiera pasarme a mí o a la balsa. Y cuando volví a verte, sano y salvo, me dieron ganas de llorar de alegría. Y a ti lo único que se te ocurre es decir mentiras para dejar en ridículo al viejo Jim. Eso que ves ahí es basura, como las bromas que se hacen para avergonzar a los amigos.

Me hizo sentir tan malvado que le pedí disculpas. Nunca más le hice bromas pesadas, y tampoco le habría hecho esa si hubiese sabido que se iba a poner tan mal.



Nos pasamos casi todo el día durmiendo y a la noche seguimos viaje. El río era muy ancho y en ambas costas había bosques frondosos; no se veía ni siquiera una luz. ¿Cómo nos íbamos a dar cuenta de que estábamos pasando por un pueblo? A mí se me ocurrió que podía remar hasta la costa apenas viéramos una luz y preguntar a la gente dónde quedaba Cairo.

Jim estaba seguro de que íbamos a llegar y se convertiría en un hombre libre. A cada rato pegaba un salto y gritaba:

–¡Ahí está!

Pero no estaba. Eran calabazas de Noche de Brujas o luciérnagas, así que volvía a sentarse y seguía vigilando. Jim decía que de solo pensar que estaba tan cerca de la libertad, sentía temblores y fiebre. Bueno, yo también temblaba y me sentía afiebrado al escucharlo, porque empezaba a comprender que era casi libre... ¿Y quién lo había ayudado? Yo. No podía dejar de pensar en eso. Mi conciencia me decía: “¿Qué te hizo la señorita Watson para que dejaras que Jim se escapara sin decir nada? ¿Qué te hizo esa pobre mujer para que te portaras tan mal con ella? Trató de enseñarte a leer, a portarte bien. Eso es lo que hizo”.

Como me sentía cada vez peor, me dije: “Apenas vea una luz, remaré hasta la costa y contaré todo”. Ese pensamiento me tranquilizó, me hizo sentir liviano como una pluma.

Al rato, Jim gritó:

–¡Nos salvamos, Huck! Estoy seguro de que eso es Cairo.

–Voy a ir en canoa a preguntar, por las dudas –le dije.

Jim se apuró a preparar la canoa y puso su viejo abrigo

en el fondo para que me sentara encima.

–Dentro de poco estaré gritando de alegría gracias a ti. Eres el mejor amigo que he tenido en la vida. El único que ha cumplido su promesa –me dijo mientras me alejaba.

Aunque empecé a remar ansioso por contar todo, cuando escuché eso ya no estaba tan seguro. En ese momento apareció un bote con dos hombres. Se detuvieron y yo también me detuve.

–¿Qué es eso de allá?

–Es mi balsa –contesté.

–¿Hay alguien arriba?

–Solo un hombre, señor.

–Buscamos cinco negros que se escaparon hace un rato. ¿Ese hombre es blanco o negro?

No respondí enseguida. Traté, pero no me salían las palabras. Me acobardé como un conejo.

–Es blanco –dije.

–Mejor vamos a ver.

–Me gustaría que lo hicieran –respondí–. El que está en la balsa es mi papá y nadie quiere ayudarme a remolcarla. Yo solo no puedo.

–Qué egoísta es la gente. ¿Qué le pasa a tu papá?

–Tiene... bueno... Nada grave.

–No nos mientas, ¿qué le pasa?

–Les diré la verdad... Pero no nos abandonen, por favor. Él está... Bueno, mejor solo tiren de la cuerda así no tienen que acercarse.

–¡Retrocede, John, atrás! –dijo uno de ellos–. Tu padre tiene viruela, ¿no?

–Sí –respondí llorisqueando–. Pero cuando lo digo nadie quiere ayudarme.



–Pobre chico. Lo sentimos pero no queremos contagiarnos. Te conviene seguir flotando río abajo unos treinta kilómetros, hasta el pueblo que está en la orilla izquierda. No tiene sentido que te quedes aquí, la luz que ves ahí es solo un aserradero. Toma esta moneda de oro de veinte dólares.

–Espera, Parker –dijo el otro–. Le daré otros veinte. Adiós, pequeño. Si haces lo que te dijo el señor Parker, todo saldrá bien.

Los hombres se fueron y yo regresé a la balsa un poco triste, porque sabía que no había hecho lo correcto. Pero después lo pensé bien y me dije: “¿Cómo te sentirías si hubieras denunciado a Jim? Seguramente estarías tan mal como ahora”. Así que decidí no preocuparme más por ese tema.

Aquella noche, cerca de las diez, pasamos por el pueblo de la orilla izquierda, pero no era Cairo. Luego llegamos a otro antes del amanecer, pero tampoco era.

–A lo mejor pasamos por Cairo la noche de la niebla –dije.

–Ni lo menciones, Huck. Los pobres negros nunca tenemos suerte. Yo sabía que la piel de la serpiente de cascabel nos iba a traer problemas.

Cuando salió el sol nos dimos cuenta de que estábamos en el mismo río de siempre, muy lejos de Cairo. Lo único que podíamos hacer era esperar a la noche, tratar de regresar en la canoa y probar suerte. Así que nos pasamos el día durmiendo entre los álamos para juntar fuerzas. Pero llegó la noche y, al buscar la canoa, supimos que había desaparecido.

Pasaron dos o tres días con sus noches. Navegábamos en la balsa durante la noche y dormíamos de día. Antes del amanecer, escondíamos la balsa debajo de hojas de álamos y sauces y nos poníamos a pescar. Solíamos meternos al agua para nadar un poco y refrescarnos, y después nos sentábamos en la orilla para ver la salida del sol.

A esa hora no importaba hacer un poco de humo porque nadie lo vería, así que sacábamos los pescados y preparábamos un desayuno caliente.

A veces teníamos el río entero para nosotros solos durante un buen rato. A lo lejos se veían las costas y las islas, y a veces una lucecita, que era una vela en la ventana de alguna cabaña. Otras veces se veían una o dos lucecitas encima de una balsa o un bote, y hasta se podía oír un violín o una canción que llegaba de algún barco. Es maravilloso vivir en una balsa.

Una mañana, antes de la salida del sol, encontré una canoa y navegué por un canal hasta la costa para buscar fram-buesas. Justo cuando estaba por cruzar un sendero, aparecieron dos hombres corriendo lo más rápido que podían. Pensé que me buscaban a mí, o quizás a Jim. Quería escapar, pero ya estaban muy cerca, y me pidieron a los gritos que les salvara la vida. Dijeron que no habían hecho nada malo, pero que igual los perseguían unos hombres con perros. Querían tirarse de cabeza a mi canoa, pero les dije:

—No, ahora no. Todavía no se escuchan los caballos ni los perros; tienen tiempo de pasar entre los arbustos y correr por la orilla del riachuelo; después se meten en el agua y

caminan por donde puedan hacer pie hasta donde estoy yo. Así engañarán a los perros cuando vengan a olfatear.

Eso fue lo que hicieron. A los cinco minutos oímos a los perros y a los hombres que se acercaban gritando.

Cuando dejamos el bosque atrás y llegamos al río, ya todo estaba en silencio. Remamos hasta el banco de arena y nos escondimos entre los álamos.

Uno de los hombres tenía como setenta años o más, era calvo y de barba canosa. Llevaba un viejo sombrero, una grasienta camisa azul de lana, un pantalón gastado metido dentro de las botas y una levita vieja con botones dorados colgada del brazo. El otro tipo tenía unos treinta años y también estaba mal vestido.

Después de desayunar, nos pusimos a charlar y nos enteramos de que no se conocían.

–¿Qué problema tuvo usted? –le preguntó el calvo al otro.

–Estaba vendiendo un producto que quita el sarro de los dientes, y eso es cierto... Pero, claro, a veces también quita el esmalte. Cuando me encontré con usted, estaba a punto de irme. Como me pidió que lo ayudara y yo también iba a meterme en problemas, pensé que podíamos escapar juntos. Eso es todo. ¿Y usted?

–Bueno, yo llevaba una semana dando conferencias sobre lo mal que hace beber alcohol y las mujeres estaban encantadas. Ganaba entre cinco y seis dólares por noche y el negocio iba muy bien hasta que empezaron a comentar que de vez en cuando yo tomaba una copa a escondidas. Un negro me avisó esta mañana que unos hombres querían agarrarme, así que me fui sin desayunar... No tenía hambre.

–¿Sabe una cosa, viejo? –dijo el joven–. Me parece que hacemos un buen equipo. ¿Qué opina?

–Puede ser. ¿Usted a qué se dedica?

–Soy imprentero, vendo remedios naturales, soy actor de teatro... de tragedia especialmente, profesor de canto y de geografía... En fin, de todo un poco. Hago cualquier cosa con tal de no trabajar duro. ¿Y cuál es su especialidad?

–Curo a la gente con solo tocarla y puedo adivinar el futuro siempre y cuando alguien me dé algunos datitos. También doy sermones, conferencias, cosas así.

–Ay... –suspiró el más joven–. Yo no sé cómo caí tan bajo. No me van a creer. Nadie me cree cuando hablo del secreto de mi nacimiento... Pero a ustedes se los contaré porque ya tenemos confianza. Caballeros, en realidad soy un duque.

A Jim casi se le salen los ojos cuando lo oyó, y creo que a mí también.

–¿Hablas en serio? –preguntó el calvo.

–Sí. Mi bisabuelo, hijo mayor del duque de Bridgewater, llegó a este país a fines del siglo pasado, para respirar el aire puro de la libertad. Aquí se casó y, apenas murió, su segundo hijo se apoderó de los títulos y de las fincas, y el verdadero duque, recién nacido, quedó desheredado. Yo soy el descendiente directo de aquel niño: soy el auténtico duque de Bridgewater. ¡Y aquí me ven! Olvidado, perseguido por los hombres y despreciado por el mundo entero.

A Jim y a mí nos dio pena. Tratamos de consolarlo, pero dijo que lo único que podía aliviarlo es que hiciéramos una reverencia al hablar con él y lo llamáramos “su alteza” o “mi señor” o “su señoría”. Eso no nos pareció complicado, así que lo hicimos. Jim estuvo de pie durante toda la cena y se la pasó diciendo: “¿Quiere su alteza probar un poco de esto o de aquello?”.



Pero el viejo estuvo muy silencioso. Parecía que estaba tramando algo. Y a la tarde, de pronto dice:

—¿Sabe algo, Bridgewater? Usted no es el único con ese tipo de problemas. Yo soy el delfín desaparecido, Luis XVII, hijo de Luis XV y María Antonieta. Así como me ven, mal vestido, soy el sufriente y auténtico rey de Francia.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que esos dos mentirosos no eran reyes ni duques. Pero no dije nada, para no discutir. Si algo aprendí de mi papá es que la mejor forma de llevarse bien con esta clase de gente es seguirles la corriente.



Nos hicieron un montón de preguntas; querían saber por qué escondíamos la balsa de día en vez de seguir viaje. ¿Acaso Jim era un esclavo fugitivo?

–¡Por supuesto que no! –contesté yo–. ¿A quién se le ocurre que un negro fugitivo va a ir hacia el sur?

Y no... Reconocieron que nunca lo haría. Tenía que darles alguna explicación, así que dije:

–En esta balsa viajábamos mi papá, mi hermano Ike, nuestro sirviente Jim y yo hacia Orleans, pero chocamos contra un barco de vapor y caímos al agua. Jim y yo nos salvamos, pero mi papá y mi hermano no tuvieron suerte. Durante algunos días tuvimos muchos problemas, porque la gente se acercaba en sus botes y trataba de llevarse a Jim. Creían que era un negro fugitivo. Por eso ya no navegamos de día; de noche nadie nos molesta.

–Ya pensaré en algo para que podamos navegar de día si tenemos ganas –dijo el duque–. Por hoy, dejemos las cosas así. Es mejor no pasar por ese pueblo de ahí durante el día. No creo que sea saludable.

Nos fuimos cuando oscureció. A eso de las diez empezó a llover. El viento soplaba y había truenos y relámpagos. El rey nos dijo a Jim y a mí que vigiláramos hasta que pasara la tormenta. Después, él y el duque se metieron en la tienda india que armó Jim para dormir.

¡Cómo aullaba el viento! A veces las olas golpeaban con fuerza la balsa.

Apenas vi que en una cabaña se encendía una lucecita, escondimos la balsa para pasar el día. Después de desayunar,

el duque nos mostró un montón de volantes impresos y los leyó en voz alta.

Un volante decía que era “el famoso doctor Armand de Montalban, de París”. Otro decía que era el “famoso actor trágico shakesperiano Garrick el Joven”. En otros volantes tenía otros nombres y hacía otras cosas increíbles, como encontrar agua y oro con una “varita mágica”.

–¿Ha actuado alguna vez, su majestad?

–No –respondió el rey.

–Entonces lo hará pronto –dice el duque–. En el primer pueblo que encontremos haremos una función de *Ricardo III* y la escena del balcón de *Romeo y Julieta*.

–¿No será raro hacer de Julieta con la cabeza calva y la barba blanca?

–No se preocupe, los campesinos nunca se fijan en esos detalles. Además, tengo disfraces.

Había un pueblo diminuto más allá, en el recodo del río, y después de comer el duque nos dijo que ya sabía cómo viajar de día sin riesgos para Jim y que iría al pueblo a arreglar el asunto. Buscó una imprenta y mandó a hacer un anuncio con el retrato de un negro fugitivo. Debajo decía: “Recompensa de doscientos dólares”. El texto explicaba que se había escapado de una plantación de Nueva Orleans.

–A partir de ahora –dijo el duque– podremos viajar de día si queremos. Si alguien nos ve, ataremos a Jim con una cuerda y le mostraremos este anuncio. Diremos que lo atrapamos y vamos en busca de la recompensa.

A todos nos pareció que el duque era muy inteligente, y que con ese truco podíamos viajar a cualquier hora del día.

Cerca de las diez, nos alejamos del pueblito. Mientras Jim y yo hacíamos guardia, me dijo:

–Huck, ¿te parece que encontraremos más reyes como estos durante el viaje?

–No –respondí–. Supongo que no.

–Menos mal –dijo él–. Uno o dos reyes son suficientes. El que está con nosotros toma demasiado, y el duque no se queda atrás.

Me enteré de que Jim le había pedido al rey que hablara en francés para escuchar cómo sonaba, pero el viejo le dijo que hacía tanto tiempo que se había ido de su país, que lo había olvidado.



Ya había salido el sol, pero esta vez seguimos viaje. Después de desayunar, el rey se sentó en un rincón de la balsa, se quitó las botas, se arremangó los pantalones, metió las piernas en el agua y se puso leer su parte de *Romeo y Julieta* para aprenderla de memoria.

Después de comer, el duque dijo:

–Para que sea un espectáculo de primera calidad, vamos a tener que agregar un numerito más. Yo puedo hacer un baile escocés o la danza del marinero y usted... veamos... Ah, lo tengo: puede recitar el monólogo de Hamlet, el más famoso de Shakespeare: “Ser o no ser, ese es el punzón...”.

En cuanto pudo, el duque mandó a imprimir los volantes para anunciar la función. Una mañana, cuando pasábamos por el estado de Arkansas, descubrimos un pequeño pueblo en el recodo del río. Todos menos Jim nos metimos en la canoa y fuimos hasta allí para ver si había posibilidades de ofrecer nuestro espectáculo.

Tuvimos mucha suerte. Esa tarde había función de circo y los campesinos llegaban en todo tipo de carretas destaraladas y en caballo. El circo se marcharía antes del anochecer, así que nuestro espectáculo podía ser un éxito. El duque alquiló una sala del juzgado y recorrimos el pueblo para repartir los volantes.

Cuando pasé por el circo, di unas vueltas por la parte de atrás hasta que pasó el vigilante y después me metí por debajo de la lona.

Era un circo realmente fantástico. Era maravilloso verlos a todos entrar a la pista montados en caballos, de dos

en dos, un caballero y una señorita a su lado; los hombres en calzoncillos largos y camisetas, sin zapatos ni estribos y con las manos apoyadas en los muslos, tan tranquilos y tan cómodos, y las señoritas eran tan finas y hermosas como un grupo de reinas de verdad, con trajes llenos de diamantes que costaban millones de dólares. Se iban poniendo de pie en los caballos y daban vueltas por la pista, cada vez más rápido, mientras todos aplaudíamos enloquecidos.

Hicieron las cosas más asombrosas durante la función, y todo el tiempo un payaso hacía chistes y la gente no paraba de reír. El maestro de ceremonias no podía decirle una palabra sin que el payaso le contestara con la rapidez de un relámpago las cosas más disparatadas del mundo, y yo no entendía cómo se le podían ocurrir tantos chistes, uno detrás del otro.

Bueno, esa noche dimos nuestro espectáculo, pero no había más que doce personas, apenas lo suficiente para salvar los gastos. Y encima se reían todo el tiempo, lo que hizo enojar al duque. Todos se fueron antes de que terminara la obra, menos un chico que se había quedado dormido. El duque dijo que esos ignorantes de Arkansas no entendían a Shakespeare y que solo querían ver comedias baratas. Así que a la mañana siguiente consiguió unas hojas grandes de papel madera y pintura negra e hizo unos anuncios que decían: “¡En la sala del juzgado por solo tres noches! Los actores de fama mundial David Garrick el Joven y Edmund Kean el Viejo presentan *El cameleopardo del rey* y *La realeza sin par*. Entrada: 50 centavos. Prohibida la entrada a señoras y niños”.

–Listo –dijo–. Si la última oración no les despierta la curiosidad, ¡entonces no conozco Arkansas!

El rey y el duque estuvieron trabajando todo el día. Armaron un escenario y un telón y pusieron una fila de velas como si fueran reflectores. A la noche, la sala se llenó de hombres en un instante. Cuando ya no había lugar, el duque dejó de cobrar entradas, dio la vuelta por atrás y se subió al escenario. Se paró delante del telón y habló maravillas de la tragedia que iban a representar y dijo que era la más emocionante de todas. Cuando se corrió el telón, apareció el rey caminando en cuatro patas; tenía el cuerpo tan pintado con rayas de colores que parecía un arcoíris. No vale la pena describir el resto del disfraz... Era rarísimo, pero realmente cómico. El público casi se muere de risa, y cuando el rey terminó de hacer piruetas y desapareció detrás del escenario, todos gritaron, aplaudieron y estallaron en carcajadas. Yo creo que hasta una vaca se habría reído de sus payasadas.

Después, el duque bajó el telón, saludó al público y dijo que la gran tragedia solo se iba a representar dos noches más, porque tenían compromisos urgentes en Londres.

Entonces, unas veinte voces gritaron:

—¡Cómo! ¿Eso es todo?

Cuando el duque dijo que sí, se armó un gran alboroto. Todo el mundo se puso a gritar “¡Estafadores!”. Pero un hombre grandote se paró en su asiento y gritó:

—¡Cálmense, caballeros! Nos han engañado, pero no queremos que todo el pueblo se ría de nosotros. Nos iremos de aquí tranquilamente, diremos que el espectáculo es muy bueno, ¡y engañaremos al resto del pueblo! Así, todos estaremos en igualdad de condiciones.

Al día siguiente, en el pueblo se hablaba de lo maravilloso que era nuestro espectáculo. La sala se llenó otra vez esa noche y estafamos al público de la misma manera.

La tercera noche la sala volvió a llenarse, pero los espectadores no eran nuevos; todos habían estado en las otras dos funciones. Me quedé con el duque en la puerta y vi que todos los que pasaban tenían los bolsillos llenos o algo escondido en las chaquetas. Y no olían a perfume, precisamente. Había olor a huevos y repollos podridos.

Cuando ya no había más lugar en la sala, el duque le dio a un tipo una moneda de veinticinco centavos para que se quedara en la puerta y me dijo:

–Camina rápido hasta que te alejes de las casas, y luego corre hasta la balsa como si te persiguiera un fantasma.

Eso fue lo que hice, y él también. Llegamos a la balsa al mismo tiempo, y en menos de dos segundos ya estábamos navegando por el río, en medio de la oscuridad y el silencio. Pensé que el pobre rey estaría pasando un mal momento enfrentando al público, pero nada de eso; un minuto después salió gateando de la tienda india. Ni siquiera había ido al pueblo.

No encendimos ni una luz hasta que estuvimos a unos quince kilómetros del pueblo. Mientras cenábamos, el rey y el duque se mataban de risa por la forma en que habían engañado a esa gente.

Estos sinvergüenzas habían ganado cuatrocientos sesenta y cinco dólares en tres noches. Yo nunca había visto a alguien juntar tanto dinero.

Cuando por fin se durmieron, Jim me preguntó:

–¿No te parece raro el rey, Huck? Es un sinvergüenza.

–Todos los reyes son así, que yo sepa.



Al día siguiente, apenas oscureció, amarramos en un islote de sauces en medio del río, y el duque y el rey empezaron a idear un plan para hacer algunos trabajitos en los pueblos cercanos. Jim le pidió al duque que no tardaran demasiado, porque era muy incómodo quedarse todo el día atado en la tienda india. El duque le prometió que encontraría la forma de solucionarlo, y como era tan astuto, enseguida tuvo una idea. Vistió a Jim con el disfraz del rey Lear: una túnica larga hecha con tela de cortina y una peluca blanca de crin de caballo y bigotes. Después sacó el maquillaje del teatro y le pintó la cara, las manos, las orejas y el cuello con un azul pálido, como si fuera un ahogado. Por último, escribió en un cartel: “Árabe enfermo. Es inofensivo si no pierde la cabeza”, y lo clavó en un poste, a unos metros de la tienda. Jim se puso contento. Dijo que era mejor eso que estar atado todo el día y ponerse a temblar cada vez que escuchaba un ruido.

Todos habíamos comprado ropa en la última parada. El rey se puso la suya y me pidió que me cambiara. El traje del rey era negro, muy elegante y almidonado. Hasta ese momento, nunca me había dado cuenta de que la ropa cambiaba a la gente. Antes parecía el viejo sinvergüenza que en realidad era, pero ahora, cuando se quitaba su sombrero nuevo y hacía una reverencia y sonreía, parecía tan elegante y bondadoso como si hubiera bajado del arca de Noé.

En la costa había un ferri parado, a unos cinco kilómetros antes de llegar al pueblo.

–Ya que voy vestido así, pienso que es mejor ir a Saint

Louis o Cincinnati, o alguna otra gran ciudad. Vamos hacia ese ferri, Huckleberry; llegaremos al pueblo en él.

En el camino nos encontramos como un campesino jovencito, con cara de inocente. Estaba sentado en un tronco y tenía unas valijas apoyadas en el suelo.

–¿Adónde vas? –le preguntó el rey.

–Al ferri. Tengo que ir a Orleans.

–Podemos llevarte –dijo el rey–. Mi criado te ayudará con las valijas. Vamos, Adolfus.

Adolfus era yo, así que le hice caso y los tres nos pusimos en marcha.

–Cuando lo vi pensé que era el señor Harvey Wilks –dijo el muchacho–. ¿No es usted, verdad?

–No, yo soy el reverendo Elexander Blodgett. Qué pena que el señor Wilks no haya llegado. Espero que no se haya perdido algo importante.

–Bueno, no perderá ninguna propiedad, porque es uno de los herederos, pero no tendrá la oportunidad de ver a su hermano Peter con vida. En estas tres semanas Peter no hablaba de otra cosa. No lo veía desde que eran chicos, y a su hermano William ni siquiera lo conocía... William es sordomudo, no tiene más de treinta o treinta y cinco años.

–¿Y nadie les avisó?

–Sí, claro, hace uno o dos meses, cuando Peter se enfermó. Las hijas de su otro hermano, George, eran demasiado jovencitas para cuidarlo, salvo Mary Jane, la pelirroja. Estaba desesperado por ver a Harvey, y también a William, porque no quería hacer un testamento. Lo único que dejó fue una carta para Harvey y dijo que allí le revelaba dónde había escondido su dinero y cómo quería repartir sus bienes para que a sus sobrinas no les faltara nada.



–¿Por qué cree que Harvey no ha llegado? ¿Dónde vive?

–Vive en Inglaterra, en Sheffield. A lo mejor ni siquiera recibió la carta.

–Qué pena... ¿Mary Jane es la mayor? ¿Qué edades tienen las otras?

–Mary Jane tiene diecinueve años; Susan, quince, y Joanna, unos catorce...

El viejo siguió haciendo preguntas hasta que prácticamente el muchacho le dijo todo lo que sabía.

–¿Era rico Peter Wilks?

–Oh, sí, bastante rico. Tenía casas y tierras, y creen que dejó tres o cuatro mil dólares escondidos en alguna parte.

–¿Cuándo dices que murió?

–No lo dije, pero fue anoche.

Cuando llegamos al puerto, el barco estaba a punto de zarp. El rey no dijo nada de subir a bordo, así que al final me quedé sin paseo. Después de un rato, me hizo remar como un kilómetro, hasta un lugar solitario. Bajó a tierra y me dijo:

–Corre y vuelve con el duque. Traigan las valijas de lona. ¡Vamos, vete!

Entendí cuál era el plan, pero, naturalmente, no dije nada. Cuando volví con el duque, escondimos la canoa y el rey le contó toda la historia, tratando de hablar como un inglés.

–¿Te animas a imitar a un sordomudo, Bridgewater?

El duque dijo que lo dejara en sus manos, había hecho el papel de sordomudo en el escenario. Embarcamos en un ferri que venía de Cincinnati y cuando pasamos por el pueblo nos bajaron en un bote. Había más de veinte hombres esperando el bote, y el rey les dijo:

–Caballeros, ¿alguno de ustedes puede decirme dónde vive el señor Peter Wilks?

–Lo siento, señor –respondió uno de ellos–, pero lo único que podemos decirle es dónde vivía hasta ayer a la noche.

De repente, el viejo caradura se puso a temblar, abrazó al hombre y estalló en llanto.

–Ay, ay... Nuestro pobre hermano... Se ha ido y no pudimos verlo. ¡Esto es demasiado!

Y en eso se dio vuelta y le hizo unas señas con las manos al duque y, aunque parezca increíble, él dejó caer una de las valijas y se puso a llorar. Hacían que uno sintiera vergüenza de pertenecer al género humano.



En dos minutos la noticia corrió por todo el pueblo. Cuando llegamos a la casa de Peter, la calle estaba repleta de gente y en la puerta esperaban las tres sobrinas. Mary Jane era la más linda y estaba feliz por la llegada de sus tíos. El rey la abrazó, y la más chica se arrojó a los brazos del duque. ¡Todos felices!

Luego el rey y el duque se acercaron al ataúd, se abrazaron y derramaron unas lágrimas durante dos o tres minutos. Todos los presentes se emocionaron y comenzaron a llorar, y las pobres muchachas también. Nunca había visto algo tan desagradable.

Mary Jane entonces sacó la carta que había dejado Peter y el rey la leyó en voz alta, emocionado. Decía que a las muchachas les dejaba la casa y tres mil dólares en oro, y para Harvey y William eran la curtiembre (que era un buen negocio), otras casas y tierras (que valían unos siete mil dólares) y tres mil dólares en oro. En la carta también decía que en el sótano había seis mil dólares en monedas. Así que los dos estafadores dijeron que iban a buscar el dinero para dividirlo delante de todos.

Cuando subieron con la bolsa, el rey contó las monedas y las dividió en pilas de trescientos dólares. Todos miraban con envidia, se les hacía agua la boca.

—Amigos —dijo el rey—, mi pobre hermano ha sido generoso con nosotros. ¿Qué clase de tíos seríamos si les quitáramos el dinero a estas pobres muchachitas en un momento como este? Si conozco a William, y creo que sí... Mejor le pregunto.

El rey se dio vuelta y le hizo señas al duque con sus manos. Y el duque se quedó mirándolo, como atontado, y luego, como si comprendiera de golpe, abrazó al rey mientras sonreía y decía “Gu, gu, gu”.

–Yo sabía... Mary Jane, Susan y Joanna, todo este dinero es para ustedes.

Las chicas los abrazaron y todo el mundo los rodeó con lágrimas en los ojos. En eso, un hombre con mandíbula de acero se rio en la cara del rey.

–Pero, doctor Robinson, ¿no se enteró? Este es Harvey Wilks –explicó uno de los presentes.

–¿Usted es el querido amigo que atendió a mi pobre hermano? –preguntó el rey extendiéndole la mano.

–¡No me toque! –respondió el doctor–. Trata de hablar como un inglés, ¿no? Es la peor imitación que oí en mi vida. Usted es un estafador, ¡eso es lo que es!

¡El lío que se armó! La gente trató de explicarle al médico que todo era cierto.

–Les ruego que no crean nada de lo que dice este sinvergüenza. Ha llegado aquí con datos que ha conseguido en alguna parte. Mary Jane Wilks, escúchame, echa a este hombre. Te pido por favor que me hagas caso.

–Esta es mi respuesta –dijo Mary Jane–. Tío, tome los seis mil dólares e inviértalos por nosotras. No nos hace falta un recibo.

–Muy bien –dijo el doctor–. Yo me lavo las manos. Pero les advierto que llegará el día en que se sentirán enfermos con solo recordar este momento.

–Perfecto, doctor –dijo el rey con tono burlón–. El día que nos enfermemos, lo llamaremos.

Eso hizo reír a todos, era una respuesta muy ingeniosa.



Cuando todos se fueron, el rey le preguntó a Mary Jane si tenía habitaciones de más. Ella dijo que tenía una para el tío William, que al tío Harvey le dejaría la suya y arriba de todo había un cuartito con una cama de paja. El rey dijo que el cuartito era perfecto para su criado, es decir, para mí. Mary Jane ofreció sacar sus vestidos de la habitación, pero él dijo que no hacía falta.

Esa noche hubo una gran cena. Había un montón de hombres y mujeres, y yo me quedé parado detrás de las sillas del rey y del duque para atenderlos, y los negros servían a los demás invitados.

Cuando terminó, Joanna y yo cenamos las sobras en la cocina. Ella quería que hablemos de Inglaterra, y por momentos no sabía qué contestar.

–¿Viste al rey alguna vez? –me preguntó.

–Sí, a Guillermo IV. Va a nuestra iglesia.

–Yo creí que vivía en Londres.

–Y claro que vive en Londres. ¿En qué otro lado puede vivir?

–Pero ustedes viven en Sheffield.

–Sí, pero él va a Sheffield porque le gusta el mar.

–Pero Sheffield no está junto al mar...

–¿Y quién dijo que está junto al mar?

–Tú, recién.

–Yo no dije nada.

–Sí que lo dijiste. No seas mentiroso.

–No está bien tratar así a un extranjero –dijo Mary Jean al entrar a la cocina–. Deberías ser amable con él y pedirle

disculpas, está lejos de su gente.

Yo no podía dejar de pensar en que el viejo iba a estafar a una muchacha tan dulce como Mary Jean. “Voy a devolverles el dinero aunque sea lo último que haga”, me prometí a mí mismo. Me despedí y dije que me iba a dormir.

Cuando estuve a solas, pensé en contarle todo al doctor, pero era arriesgado. Otra alternativa era robar el dinero sin despertar sospechas y esconderlo. Luego, cuando estuviera a salvo, le podía escribir una carta a Mary Jane para decirle dónde buscarlo.

Subí a la habitación del rey y empecé a buscar en la oscuridad. En ese momento oí que él y el duque se acercaban. Me escondí detrás de los vestidos de Mary Jane y me quedé quietito y en silencio.

–Me parece que lo mejor es irnos con el dinero esta misma noche –dijo el duque.

–¡Cómo! ¿Y no vamos vender el resto de los bienes? –exclamó el rey.

El duque se enojó, dijo que con los dólares era suficiente y que no quería dejar a las huérfanas sin nada.

–¡Qué dices! –replicó el rey–. En cuanto sepan que las propiedades no son nuestras, las ventas no tendrán valor y ellas recuperarán todo.

–De acuerdo –contestó el duque–. Pero creo que no escondimos bien ese dinero. Si Mary Jane le pide a un sirviente que limpie la habitación, lo encontrarán.

–Ahora sí que piensas con inteligencia, duque.

El rey metió la mano en uno de los vestidos, cerca de donde yo estaba. Manoteó la bolsa y la escondió en un agujero del colchón. Apenas se fueron, tomé la bolsa y me metí en el cuartito. Cuando ya todo estaba en silencio, bajé las

escaleras en puntas de pie. Entré en la sala donde estaba el difunto y escuché que alguien bajaba la escalera, así que metí la bolsa en el ataúd, que tenía la tapa entreabierta, y me escondí detrás de la puerta.

La que entró fue Mary Jane, muy apenada, pero no me vio. Volví a mi cama, bastante triste, porque estaba seguro de que encontrarían el dinero al cerrar el ataúd y se lo devolverían al rey.

Al mediodía llegó el enterrador con su ayudante y colocaron el ataúd en medio de la sala.

Vi que la tapa estaba igual que antes, pero no me atreví a acercarme porque había mucha gente alrededor.

La ceremonia fúnebre estuvo bien, pero fue terriblemente larga y aburrida. Cuando terminó, el enterrador cerró la tapa del ataúd y no pude averiguar si el dinero seguía ahí o no. “¿Por qué no dejé las cosas como estaban? Quise ayudar y ahora todo es peor que antes”, pensé.

El rey visitó a mucha gente esa noche e insinuó que debía volver a Inglaterra y que naturalmente las chicas se irían con él y con William. Las pobres muchachas estaban tan entusiasmadas que le dijeron al tío que vendiera todo así podían irse cuanto antes.

La cuestión es que enseguida el malvado rey puso en venta la casa y los negros y todas las tierras. Así que un día después del funeral, las muchachas se llevaron la primera sorpresa. El rey vendió a los negros a un buen precio, a cambio de un pagaré. Llevarían a los dos hijos a Memphis, y su madre, a Orleans. Las pobres muchachas y los negros estaban muy apenados. Lloraban juntos y estaban tan tristes que me hacían sentir muy mal. Las chicas dijeron que nunca habían pensado en separar a esa familia.

Al día siguiente, el rey y el duque subieron al cuartito con cara de pocos amigos.

–¿Estuviste en mi habitación alguna de estas noches?

–No, su majestad –contesté–. Le doy mi palabra de honor de que no he pisado su habitación.

–¿Has visto a alguien entrar ahí?

–He visto entrar varias veces a los negros.

–¿Y qué hicieron?

–Nada raro, que yo sepa. Salieron en puntas de pie.

–¡Entonces fueron ellos! ¡Qué barbaridad! –dijo el rey–. Pensar que nos hicieron creer que estaban tristes por tener que irse del pueblo.

–¿Pasó algo? –pregunté haciéndome el inocente.

–¡No es tu problema! Tú no digas nada y no te metas.

Los dos se fueron muy confundidos y yo me sentí aliviado de haber culpado a los negros sin hacerles ningún daño.



Al rato, cuando ya era hora de levantarse, bajé las escaleras y pasé por la habitación de Mary Jane. La puerta estaba abierta y ella lloraba sentada en un baúl.

–Señorita Mary Jane, ¿por qué no me cuenta lo que le pasa? –le dije al entrar a la habitación.

Me dijo que ya no estaba ilusionada con el viaje a Inglaterra, que ya no podía ser feliz por haber separado a una madre de sus hijos.

–¡Ay, Dios mío! ¡Pensar que nunca se volverán a ver!

–Claro que se van a ver –respondí sin pensar–. Antes de dos semanas... ¡yo lo sé!

Ella me abrazó y me di cuenta de que había hablado de más.

–¿Hay algún lugar un poco alejado del pueblo donde usted pueda pasar tres o cuatro días?

–Sí, la casa del señor Lothrop. ¿Por qué?

–No me pregunté por qué. ¿Irá usted a la casa del señor Lothrop si le cuento cómo sé que los negros volverán en dos semanas?

–¡Iría por un año si fuera necesario! –respondió.

–Muy bien –dije entonces–. No grite. Tengo que decirle la verdad y usted tiene que mantener la calma, porque no es nada bueno. Esos hombres no son sus parientes, son un par de mentirosos.

Por supuesto, eso la dejó muda. Le conté absolutamente todo, desde la primera vez que nos encontramos con el muchacho inocente que iba al ferri hasta cuando ella había recibido al rey en la puerta de su casa y él la había besado dieciséis o diecisiete veces.

–Señorita Mary Jane, tengo una idea. Quizás no tenga que irse por tanto tiempo. Quédese en la casa del señor Lothrop hasta las nueve más o menos y después diga que se olvidó algo y tiene que volver. Si llega antes de las once, ponga una vela en esta ventana y espere; si no aparezco, quiere decir que logré irme y que usted está a salvo. Entonces ahí cuenta todo para que esos sinvergüenzas vayan a la cárcel. Ah, otra cosa, el dinero ya no lo tienen. Se los quité y lo escondí en un lugar, pero ahora no estoy seguro de que esté allí. Prefiero no decir en voz alta dónde lo puse. Si no le molesta, se lo escribiré en un papel y puede leerlo en el viaje.

Así que escribí: “Lo puse en el ataúd”. Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar lo triste que Mary Jean estaba esa noche, y cuando le di el papel, ella también se emocionó. Me tomó la mano y me dijo:

–Adiós. Voy a hacer todo lo que me dijiste. Y si no te vuelvo a ver, jamás te olvidaré y pensaré en ti todo el tiempo.

Iba a pensar en mí... No sé qué dirán ustedes, pero para mí no hay una chica más valiente y hermosa que ella. Nunca más la vi desde que salió por esa puerta, pero he pensado en ella muchas, muchísimas veces.

En fin, Mary Jane se escabulló por la puerta de atrás y nadie la vio irse. Cuando me encontré con las hermanas, les dije:

–¿Cómo se llama esa familia que ustedes visitan a veces del otro lado del río?

–Hay varias... ¿Los Proctor?

–Sí, ellos. La señorita Mary Jane me pidió que les avisara que se fue a cuidar a alguien que tiene paperas y está muy grave.



–Pero tener paperas no es tan grave.

–Pero esta se mezcló con otras cosas: sarampión, tos convulsa, debilidad, fiebre amarilla y no sé qué más. Saluden de su parte a sus tíos y díganles que ella volverá esta noche si no está muy cansada.

Todo estaba saliendo bien. Para el rey y el duque era mejor que Mary Jean no estuviera en la subasta, cerca del doctor Robinson. Creo que ni el propio Tom Sawyer habría pensado un plan mejor.

Bueno, la cuestión es que hicieron la subasta en la plaza del pueblo, a la tardecita, y al rato ya se había vendido casi todo. En eso, cuando estaban rematando las últimas cosas, apareció un grupo de personas a los gritos:

–¡Aquí llega la oposición! Hay otra pareja de herederos de Peter Wilks. ¡Hagan sus apuestas, señores!



Traían a un señor mayor, muy elegante, y a otro más joven que tenía un yeso en el brazo derecho. Muchas personas del pueblo se acercaron al rey para demostrarle que estaban de su parte.

El señor que acababa de llegar parecía confundido. Apenas empezó a hablar me di cuenta de que era un inglés de verdad.

–No entiendo lo que pasa aquí –dijo–. Mi hermano y yo tuvimos algunos inconvenientes en el camino: se ha perdido nuestro equipaje y él se fracturó el brazo. Somos Harvey y William, y cuando recuperemos las valijas podremos demostrarlo. Mientras tanto, esperaré en el hotel.

Cuando se fueron, el rey se rio con ganas y dijo:

–¿Así que se fracturó? Qué conveniente para alguien que debería hablar con señas y no sabe cómo hacerlo, ¿no? ¡Y han perdido el equipaje! Qué buena excusa...

–Vecinos –dijo el doctor Robinson–, creo que ninguno de los cuatro debe irse hasta que se hayan aclarado las cosas. Llevemos a estos hombres y al criado al hotel para enfrentarlos con los otros dos y seguramente averiguaremos qué ocurre.

La gente estaba encantada, así que nos pusimos en marcha. El médico me llevó de la mano y me trató con amabilidad, pero nunca me soltó. Entramos a una gran habitación del hotel y trajeron a los recién llegados.

–Si estos hombres no son estafadores –declaró el doctor–, no se opondrán a que vayamos a buscar el dinero y lo guardemos hasta que todo se aclare, ¿no les parece?

Todo el mundo estuvo de acuerdo, pero el rey frunció el ceño y dijo:

–Caballeros, ojalá tuviera ese dinero, pero lo escondí en el colchón de mi cama y alguien se lo llevó.

Noté que ya nadie le creía del todo. Y entonces empezaron a hablar y a hablar y hasta se olvidaron de la cena. El rey contó su historia y el señor mayor contó la suya, y cualquier persona inteligente se podía dar cuenta de que ese señor decía la verdad y el rey mentía.

–¿Hay alguien aquí que haya preparado todo para el entierro de mi herm... de Peter Wilks? –preguntó en un momento el señor mayor.

–Sí –dijo uno–, Ab Turner y yo. Estamos los dos aquí.

Entonces, el señor se dirigió al rey:

–¿Podría decirme, caballero, qué tenía Peter tatuado en el pecho?

El rey no pudo evitar ponerse un poco pálido. Se hizo un gran silencio, no volaba ni una mosca.

–¡Ajá! ¡Qué pregunta difícil! –respondió el rey con una sonrisa–. Sí, señor, puedo decirle que el tatuaje era una flechita azul que solo se ve cuando uno mira de cerca... Y usted, ¿qué dirá ahora?

Al señor mayor le brillaban los ojos. Se dio vuelta hacia Ab Turner y su compañero y les dijo:

–¿Así era el tatuaje de Peter Wilks?

–Nosotros no vimos algo así –respondieron.

–¡Perfecto! –siguió el señor–. Lo que sí vieron son sus iniciales en mayúscula: P, B, W.

–No, señor. No vimos ningún tatuaje.

A esa altura todos estaban malhumorados y empezó el griterío: “¡Impostores! ¡Hay que echarlos del pueblo!”.

En medio del escándalo, un abogado dijo en voz alta:

–¡Caballeros! Si abrimos el ataúd, podremos ver el tatuaje... Traigan a los cuatro hombres y al muchacho. Iremos al cementerio.

Nos pusimos en marcha. El pueblo entero caminaba atrás nuestro en medio de la oscuridad. Un hombre grande, Hines, me tenía agarrado de la muñeca y prácticamente me arrastraba.

Cuando llegamos al cementerio, varios se pusieron a cavar, y se desató una gran tormenta. Cuando por fin lograron sacar el ataúd y abrirlo, un relámpago iluminó todo y alguien gritó:

–¡No lo puedo creer, aquí está la bolsa con el dinero!

Hines pegó un grito y me soltó la muñeca. No pueden imaginarse lo rápido que corrí hasta perderme en la oscuridad. Cuando llegué al pueblo, corrí por la calle principal. Justo cuando pasé por la casa de las muchachas, vi que una luz se encendía en el cuarto de Mary Jean. Mi corazón palpitó como si fuera a estallar. Esa chica era la mejor.

En cuanto me alejé lo suficiente, tomé un bote que estaba suelto y remé hasta la balsa. Al saltar a bordo, grité:

–¡Rápido, Jim, tenemos que irnos!

Jim me recibió con los brazos abiertos, pero cuando lo iluminó un relámpago casi me muero del susto, porque me había olvidado de que era el rey Lear y un árabe ahogado al mismo tiempo.

Rápidamente soltamos la balsa y la verdad es que estábamos felices de ser libres de nuevo y navegar solos por el río sin que nadie nos molestara. Pero al rato escuché un ruido y un relámpago iluminó el bote que venía hacia nosotros. Eran el rey y el duque. Casi me pongo a llorar.



Cuando subieron a bordo, el rey me encaró:

–¡Con que te escapaste solo, muchachito! Estabas cansado de nosotros, ¿verdad?

–No, majestad. El hombre que me tenía agarrado de la muñeca decía todo el tiempo que le hacía acordar a su hijo, y cuando encontraron el dinero, me dijo: “Es mejor que te escapes, para que nadie te lastime”. Yo no podía hacer nada por ustedes, pero ahora me alegra mucho verlos a salvo.

–¡Deja tranquilo al chico, viejo tonto! –dijo el duque–. ¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo? ¿Preguntaste por él cuando te escapaste?

Siguieron discutiendo hasta quedarse dormidos, y cuando se pusieron a roncar tuve una larga charla con Jim y le conté toda la historia.

Durante varios días no nos atrevimos a parar en ningún otro pueblo. Ya habíamos llegado al sur, donde hacía calor y estábamos muy lejos de casa. Los sinvergüenzas pensaron que ya no había peligro y empezaron a visitar los pueblos. En uno dieron una conferencia sobre alcoholismo pero no les fue muy bien. En otro abrieron una escuela de baile, pero bailaban peor que un canguro, así que a la primera pirueta los echaron. En otra ocasión quisieron enseñar a “enrecitar”, o algo por el estilo, pero no “enrecitaron” mucho porque la gente los sacó a patadas. Probaron muchas otras cosas, pero no tuvieron suerte. Así que, por fin, se quedaron prácticamente sin dinero y no hacían otra cosa que quedarse acostados en la balsa, tristes y desesperados.

En un momento, todo cambió y comenzaron a charlar en secreto durante dos o tres horas seguidas metidos en la tienda india. Jim y yo nos pusimos nerviosos; eso no nos gustaba nada.

Decidimos que no íbamos a participar en cosas raras y que nos escaparíamos apenas pudiéramos.

Una mañana, a primera hora, escondimos la balsa en un lugar seguro, a unos tres kilómetros de un pueblito perdido llamado Pikesville. El rey dijo que iba a ir solo al pueblo para ver si era posible hacer una función de *La realeza sin par*. Si hasta el mediodía no volvía, significaba que todo estaba en orden. El duque estuvo nervioso y de pésimo humor. Era obvio que algo tramaban.

Como el rey no volvió, el duque y yo fuimos al pueblo. Lo encontramos en un viejo bar, rodeado de tipos que le hacían burla. El rey y el duque se pusieron a discutir y yo aproveché para correr como un ciervo por la orilla del río. Llegué hasta el escondite sin aliento, pero muy contento, y grité:

–¡Nos vamos, Jim! Todo está en orden.

Pero nadie respondió ni salió de la tienda india. ¡Jim había desaparecido! Pegué un grito y corrí por el bosque, pero no estaba en ninguna parte. No pude evitar ponerme a llorar.

Al rato me encontré con un chico y le pregunté si había visto a un negro vestido de una forma muy rara.

–Sí –me respondió–. Lo vi cerca de la casa de Silas Phelps, a unos tres kilómetros de aquí. Es un esclavo fugitivo y lo atraparon. ¿Lo estabas buscando?

–¡Claro que no! –contesté–. Lo encontré en el bosque hace un rato y me amenazó. Estoy muerto de miedo.

–Bueno, ya no tienes nada que temer porque lo han atrapado. Ofrecían una recompensa de doscientos dólares por

él. He visto el anuncio con mis propios ojos. Un viejo vendió la información sobre él por cuarenta dólares porque no podía seguir buscándolo.

Volví a la balsa y pensé hasta que me dolió la cabeza, pero no se me ocurría cómo solucionar este problema. Después de tanto viaje, esos desalmados habían traicionado a Jim por cuarenta dólares miserables. Pensé que si Jim tenía que volver a ser esclavo, al menos que fuera en su casa, cerca de su familia, así que lo mejor era escribirle una carta a Tom Sawyer para que le avisara a la señorita Watson dónde podía encontrarlo. Pero después no me pareció buena idea: ella estaría enojada y no tardaría en venderlo otra vez. Además, todo el mundo se enteraría de que yo lo había ayudado a escapar.

No dejaba de pensar en Jim y en todo lo pasamos juntos. Por alguna razón no podía recordar nada malo acerca de él sino solo cosas buenas: cómo hacía guardia para que yo pudiera seguir durmiendo, cómo se alegró de encontrarme cuando me perdí en la niebla, el cariño con el que me trataba, todo lo que hacía para que cuidarme. También recordé lo agradecido que estaba cuando le salvé la vida y que había dicho que yo era su mejor amigo. “No me importa si está mal”, me dije, “rescataré a Jim de la esclavitud una vez más”.

Seguí pensando y se me ocurrieron varias ideas, hasta que me decidí por una. Escondí la balsa, dormí toda la noche y me levanté antes del amanecer. Me puse la ropa nueva y oculté el resto de mis cosas en el bosque. Fui hasta el pueblo y al primero que encontré fue al duque. Estaba pegando un cartel que anunciaba tres funciones de *La realeza sin par* como la vez pasada.

–¡Hola! –dijo asombrado–. ¿Dónde te habías metido?
¿Escondiste bien la balsa?

–Su majestad, pensé que usted la tenía. Ayer, cuando volví al escondite, la balsa no estaba y mi pobre Jim tampoco.

–El viejo lo delató por cuarenta dólares pero a mí no me dio nada.

–¿Qué ha hecho? –dije llorando–. ¿Dónde está mi negro Jim? Lo quiero de vuelta.

–Eso no puede ser. Deja de llorar y no se te ocurra contar nada de lo que sabes. No te tengo mucha confianza. Si me llego a enterar...

–No tengo tiempo para chismes. Tengo que buscar a Jim.

–Está bien. Te voy a decir dónde está el negro: lo compró un tal... Abram Foster. Vive a unos sesenta kilómetros de aquí. Podrás llegar en tres días si te vas ahora mismo y caminas con la boca bien cerrada.

Fingí que me iba del pueblo pero en realidad, cuando perdí de vista al duque, tomé el camino del bosque que conduce a la casa de Phelps. Tenía que apurarme para que Jim no dijera nada sobre esos tipos. Ya estaba cansado de ellos y no quería verlos nunca más.



Cuando llegué allí todo estaba en calma, como si fuera domingo. La de Phelps era una de esas clásicas plantaciones de algodón muy pequeñas, que son todas iguales. Di una vuelta por el lugar y entré por la parte de atrás, en dirección a la cocina. Cuando estaba a mitad de camino, se me acercaron unos quince perros y me rodearon. ¡Hicieron mucho ruido! A los pocos segundos, de la cocina salió corriendo una negra con un palo de amasar y los ahuyentó. Detrás de ella, apareció una mujer blanca, de unos cuarenta y cinco años, que sonreía de oreja a oreja.

–¡Eres tú! ¡Por fin llegaste! No te pareces tanto a tu mamá como yo pensaba, pero eso no importa. ¡Hijos, vengan, saluden a su primo Tom!

Entonces ella me llevó de la mano hasta la casa y me hizo sentar.

–Hace años que deseaba verte... Por fin has llegado. Te esperábamos hace dos días. ¿Por qué tardaste tanto? ¿El barco estuvo varado?

–Sí, señora... es que...

–No me digas señora. Llámame tía Sally. ¿Dónde estuvo varado?

No sabía bien qué decir, porque no tenía idea de dónde venía el barco.

–No quedó varado en realidad... Explotó la cabeza de un cilindro.

–Qué barbaridad... Tu tío fue a buscarte al pueblo hace menos de una hora. ¿No lo viste? Es un hombre mayor con un...

–No vi a nadie, tía Sally, dejé mis valijas escondidas en el muelle y me vine para acá.

–Ahí llega –dijo la tía–. Escóndete detrás de la cama que vamos a hacerle una broma.

Ahora sí que estaba metido en un lío, pero no podía hacer nada más que quedarme callado y esperar.

Apenas entró el viejo, la señora Phelps preguntó:

–¿Ha llegado?

–No –respondió su marido–. Estoy empezando a preocuparme.

–¡Mira por la ventana, Silas! Me parece que viene alguien.

Él se asomó a la ventana y ella me sacó de mi escondite. Cuando su marido se dio vuelta, ella estaba radiante de felicidad y yo parado a su lado, calladito y transpirado.

–¿Y ese quién es? –preguntó el hombre.

–¿Quién crees que es? Tom Sawyer.

Les juro que casi me desmayo. El viejo me estrechó la mano y la mujer saltaba a nuestro alrededor riendo y llorando. Si ellos estaban felices, yo me alegraba el doble, porque era como volver a nacer. Les conté más anécdotas de mi familia –quiero decir de la familia Sawyer– de las que podían haber protagonizado seis familias Sawyer juntas.

Me sentía cómodo e incómodo al mismo tiempo. Hacerme pasar por Tom Sawyer me resultó fácil hasta que escuché el motor de un ferri que se acercaba en el río. ¿Y si el verdadero Tom llegaba en ese barco y gritaba mi nombre antes de que pudiera avisarle? No podía permitir que eso pasara, porque arruinaría todo. Tenía que ir hasta el camino y detenerlo a tiempo. Les dije a todos que iría al pueblo a buscar mis valijas. El tío quería acompañarme, pero le dije que podía ir en la carreta yo solo.

Cuando estaba a mitad de camino, vi que venía otra carreta y estaba seguro de que en ella viajaba Tom Sawyer.

–¡Alto! –grité.

Tom se paró a mi lado y se quedó con la boca abierta.

–Yo nunca te hice nada malo –me dijo tragando saliva–. ¿Por qué has vuelto a perseguirme?

–No he vuelto... Nunca me fui. Todo fue un truco. Puedes tocarme si quieres.

Eso fue lo que hizo, y se convenció. Estaba tan contento de volver a verme que no sabía qué hacer. Quería que le contara todo, porque era una gran aventura misteriosa, de las que a él le gustaban. Le dije que no había tiempo y le expliqué cuál era el problema.

–Ya sé lo que vamos a hacer –me dijo–. Pon mi baúl en tu carreta y diremos que es tuyo. Vuelve despacio y yo llegaré unos minutos después. Al principio no tienes que decir que me conoces.

–Muy bien, pero hay algo más: por aquí está Jim, el sirviente de la señorita Watson. Y yo quiero liberarlo.

–¿Jim está por aquí? –dijo con los ojos brillosos–. ¡Te voy a ayudar a robarlo!

–No te creo –dije–. Me estás haciendo un chiste.

–No es ningún chiste.

–Está bien –dije yo–, chiste o no, si escuchas hablar de un negro fugitivo, no olvides que tú no sabes nada de él ni yo tampoco.

Yo me olvidé de que tenía que ir despacio porque estaba feliz y pensativo, así que llegué demasiado rápido para un

viaje tan largo.

–¡Qué maravilla! –dijo el tío al verme llegar–. ¡No sabía que esa yegua era capaz de correr tanto!

Era la persona más inocente y buena que había visto en mi vida.

A la media hora apareció la carreta de Tom en la puerta principal.

–¡Tenemos visitas! ¿Quién será? –dijo la tía–. Parece que es un desconocido. Habrá que poner un plato más en la mesa.

Cuando Tom llegó, se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

–¿Usted es el señor Archibald Nichols?

–No, muchacho –respondió el tío–. Creo que el cochero te engañó. La casa de Nichols está a más de cinco kilómetros. Pasa, pasa, estás en tu casa.

Así que Tom les dio las gracias con mucha amabilidad y contó que era de Hicksville, Ohio, y que se llamaba William Thompson. Obviamente, no paraba de hablar y de inventar cosas acerca de Hicksville. Yo me ponía cada vez más nervioso y me preguntaba cómo me iba a ayudar, hasta que se levantó de la silla de golpe y le dio un beso a la tía Sally.

–¡Qué chico atrevido!

–Me sorprende, señora –dijo Tom–. La gente en el pueblo dijo que le gustaría. ¿Usted qué opina, caballero?

–Pues... No –respondió el tío–. Yo... yo... creo que no.

Entonces me miró a mí y preguntó:

–Tom, ¿no creías tú que la tía Sally me abrazaría y diría “¡Sid Sawyer...!”?

–¡No lo puedo creer! –gritó ella–. Mocosito insolente, ¿cómo te atreves a engañar a tu tía así? No te esperábamos. Mi hermana no me avisó que tú también vendrías.



–Es que ella pensó en enviar a Tom –dijo él–, pero yo supliqué y a último momento me dio permiso.

Almorzamos en una gran galería que había entre la casa y la cocina, y en la mesa sirvieron comida suficiente para siete familias.

Pasamos toda la tarde conversando. Tom y yo estuvimos atentos, pero nadie habló del negro fugitivo y nosotros no queríamos sacar el tema. A la hora de la cena, uno de los niños dijo:

–Papá, ¿puedo ir con Tom y Sid a ver la función?

–No –contestó el anciano–. El negro fugitivo nos contó a Burton y a mí que todo eso era un engaño, y Burton se lo iba a contar a todos, así que creo que ya habrán echado del pueblo a esos caraduras.

¡Así que ahí estaba Jim!



Tom y yo nos pusimos a pensar en qué parte de la casa podía estar Jim.

–No entiendo cómo no se me ocurrió antes –dijo Tom–. Creo que ya sé dónde está: en la choza junto al depósito de cenizas. ¿No viste hoy a un negro que llevaba comida hacia allí?

–Sí, pero creí que era para los perros.

–Yo también, pero llevaba una sandía y los perros no comen eso. Cuando nos levantamos de la mesa, el negro le dio una llave al tío. Te apuesto que es de la choza.

–Tengo un plan –dije–. Mañana por la noche voy a buscar mi canoa y recuperamos mi balsa. En cuanto haya una noche muy nublada, sacamos la llave de los pantalones del viejo y nos vamos con Jim. Nos escondemos de día y navegamos de noche, como hacíamos antes él y yo.

–Es un buen plan, pero es demasiado simple. ¿De qué sirve un plan sin partes emocionantes?

No dije nada. Cuando me contó el suyo, comprendí que era mucho más elegante que el mío. De todas maneras, sabía que lo cambiaría sobre la marcha, y de hecho, eso fue lo que hizo.

Cuando la casa estuvo a oscuras y en silencio, salimos a investigar. Detrás de la choza había un galpón. Entramos, prendimos un fósforo y vimos que no había una puerta hacia la choza. El piso era de tierra y solo había unas cuantas azadas, palas oxidadas, unos picos y un arado roto.

–Ya sé qué es lo mejor –dijo Tom entusiasmado–. Vamos a cavar para rescatarlo. ¡Nos llevará una semana!

Nos levantamos al amanecer y buscamos al negro que supuestamente le llevaba la comida a Jim. Era un tipo simpático, muy sonriente, y tenía mechones de pelo atados con hilo para espantar a las brujas. Nos contó que oía cosas raras y creía que estaba embrujado. Se puso tan nervioso al hablar del tema que se olvidó de lo que estaba haciendo. Entonces Tom le dijo:

–¿Esa comida es para los perros?

–Sí, señorito Sid –dijo el negro sonriendo–. Es para un perro muy curioso. ¿Quiere verlo?

–Sí.

Le di un codazo a Tom y le murmuré que ese no era el plan.

–Ahora lo es –me contestó.

Cuando llegamos, todo estaba tan oscuro que apenas se veía. Pero sin duda Jim nos vio porque gritó:

–¡Huck! ¿El señorito Tom vino contigo?

–¿Ustedes se conocen? –preguntó el negro.

Tom miró al negro muy fijo y le preguntó:

–¿Por qué crees que nos conocemos?

–Porque él recién gritó como si los conociera.

–Qué extraño... Nadie ha dicho nada... ¿Tú oíste algo Tom?

–Yo no escuché nada –respondí.

–¿Tú dijiste algo? –le preguntó Tom a Jim como si nunca lo hubiera visto.

–Yo no dije nada, señor –dijo Jim.

Entonces, Tom miró al negro, que parecía muy confundido, y lo retó:

–¿Qué es lo que te pasa? ¿Escuchas voces?

–Ay, señorito, son las brujas. Por favor, no se lo diga a nadie. El señor Silas se va a enojar, porque él dice que las brujas no existen.

Tom le dio diez centavos y le dijo que no se lo contaríamos a nadie y que fuera a comprarse más hilo para el pelo.

Antes de irnos, Tom le dijo a Jim en voz muy baja:

–No vuelvas a decir que nos conoces. Si oyes cavar por las noches, somos nosotros que vamos a rescatarte.



Todavía faltaba como una hora para el desayuno, así que nos fuimos al bosque a buscar madera húmeda para hacer fuego, porque Tom dijo que necesitábamos un poco de luz para cavar pero un farol era demasiado. Encontramos un montón y nos tiramos a descansar.

–Todo esto es demasiado fácil –se quejó Tom–. Es imposible armar un plan complicado. No hay vigilantes ni perros. Jim está encadenado a la pata de la cama... ¡pero alcanza con levantar la cama y sacar la cadena! Y el tío Silas confía en todo el mundo... Le da la llave a ese cabeza hueca y nadie lo controla. Jim podría haberse escapado por la ventanita de la choza hace rato, pero no puede correr por ahí con una cadena en la pierna. Es increíble que uno tenga que inventarse todas las dificultades. Quizás podamos hacerle llegar a Jim tiras de sábana para que haga una sogá.

–Pero, Tom Sawyer –comenté–, ¿para qué le sirve a Jim una sogá?

–¿Es que nunca leíste una novela? Tiene que usarla. Todos la usan. Hay que buscar una camisa también.

–¿Para qué queremos una camisa?

–Para que Jim escriba un diario.

–¡Pero si Jim no sabe escribir!

–Que haga palotes... O puede enviar un clásico mensaje misterioso para que el mundo sepa dónde está cautivo. Lo puede escribir en un plato de lata con un tenedor y tirarlo por la ventana. Es lo que hacía el hombre de la máscara de hierro y da buen resultado.

La conversación terminó cuando nos llamaron a desayunar. Durante la mañana tomé prestadas una sábana y una camisa colgadas en la soga de la ropa. Cuando todos se fueron a trabajar y el patio quedó vacío, Tom llevó la madera al galpón.

–Listo –dijo Tom–. Ahora solo faltan las herramientas para cavar.

–¿No alcanza con esos picos y esas palas? –pregunté.

Me miró apenado y dijo:

–Huck Finn, ¿dónde has leído que un prisionero tenga picos y palas en el armario para hacer un túnel? Así nunca podrá convertirse en un héroe. Necesitamos cuchillos de cocina.

–¿Para hacer el túnel?

–Sí, como el prisionero del castillo de If, en el puerto de Marsella, que cavó un túnel durante treinta y siete años y salió en la China. ¡De eso se trata! Pero no tenemos tanto tiempo, así que recomiendo que cavemos rápido y después podemos decir que tardamos treinta y siete años.

–Eso tiene sentido –dije yo–. Voy a buscar los cuchillos de cocina.

–Trae tres –pidió él–, con uno de ellos voy a fabricar un serrucho.

–Tom, si no va contra las reglas... vi un serrucho viejo y oxidado tirado detrás del ahumadero.

Me miró con cara de cansado y dijo:

–No aprendes más, Huck. Trae los cuchillos, y que sean tres.

Y eso fue lo que hice.

Esa noche, nos pusimos a trabajar. Tom dijo que debíamos cavar justo detrás de la cama de Jim, para que no se notara. Así que cavamos con los cuchillos hasta casi la medianoche. Quedamos cansados y con las manos ampolladas, y sin embargo no habíamos adelantado mucho.

–Vamos a tardar treinta y ocho años, Tom –me quejé.

–Esto no funciona –se lamentó Tom–. No es lo correcto, pero tendremos que usar los picos y las palas y hacer de cuenta que son cuchillos de cocina.

–¡Así me gusta! –dije yo–. A esta altura ya no me importa lo que digan esos autores de los que tú hablas.

Seguimos trabajando durante media hora y logramos hacer un buen agujero.

A la noche siguiente, cavamos otra vez y en unas dos horas y media habíamos terminado el túnel. Nos metimos en la choza mientras Jim roncaba. Cuando lo despertamos, se alegró tanto de vernos que casi se pone a llorar. Nos llamó “hijitos” y nos dijo todas las palabras cariñosas que se le ocurrieron. Charlamos de los viejos tiempos, y nos contó que el tío Silas y la tía Sally lo visitaban para ver si estaba cómodo y tenía suficiente comida.

Tom le dijo que le enviaríamos una soga adentro de una torta, una camisa para que escribiera un diario, un plato de lata y otras cosas por medio de Nat, el negro que le llevaba la comida. Le explicó para qué servía cada cosa. Jim no entendía nada, pero supongo que estuvo de acuerdo porque creía que Tom sabía lo que hacía.

A la mañana, fuimos con Nat a llevarle la comida a Jim

y, mientras estábamos ahí, empezaron a salir los perros por debajo de la cama. ¡Nos habíamos olvidado de cerrar la puerta del galpón! Nat gritó algo sobre las brujas y se desplomó. Tom abrió la puerta de golpe, tiró un trozo de la carne de Jim y los perros salieron corriendo.

El negro abrió los ojos y dijo:

–Señorito Sid, usted no me va a creer, pero he visto casi un millón de perros aquí adentro. Ojalá pudiera atrapar a las brujas que hacen esto...

–Creo que vienen a esta hora porque tienen hambre –dijo Tom–. Hay que hacer una torta de brujas. Esa es la solución. Yo mismo la prepararé.

–¿Haría eso por mí, niño? Muchas gracias.

–Sí, pero no tienes que mirar las cosas de brujas que pondré en la torta, ni tocarlas.

–No las tocaría ni por cien mil millones de dólares.

El tema de la torta nos dio mucho trabajo. La preparamos en el bosque durante todo un día y usamos tres baldes de harina para poder terminarla. Nos quemamos los dedos y el humo nos hacía llorar. Los primeros intentos salieron mal, para la última torta quedó bien. La rellenamos con la cuerda de pedazos de sábana y la tapamos con masa.

Nat ni miró cuando pusimos la torta de brujas en la bandeja de Jim. También escondimos tres platos de lata debajo de la comida. Jim recibió todo y en cuanto se quedó solo rompió la torta, escondió la soga debajo del colchón, hizo unos garabatos en uno de los platos de lata y lo tiró por la ventana.

También tuvimos que afilar unas plumas con un pedazo de teja porque Tom decía que era obligatorio que Jim dibujara su escudo de armas en la pared.



–Vamos a tener que conseguir algunos ratones para que Jim tenga mascotas. También una flor que deberá regar con sus lágrimas. Todos los prisioneros tienen esas cosas –dijo Tom.

Jim ya no estaba tan convencido del plan. Debía cuidar a los ratones, a la flor, inventar un escudo y escribir en una camisa. Ser un prisionero le estaba dando mucho trabajo.



Por la mañana fuimos al pueblo y compramos una jaula. Metimos en ella unos quince ratones y luego la escondimos debajo de la cama de la tía Sally. Pero el pequeño Thomas Franklin Benjamin Jefferson Elexander Phelps la encontró y abrió la puertita. Cuando entramos al cuarto, la tía Sally saltaba arriba de la cama mientras los ratones hacían todo lo posible por entretenerla. Nos ganamos un buen castigo y encima estuvimos como dos horas para atrapar a los ratones.

La cuestión es que luego de tres semanas todo estaba listo. El viejo Silas había escrito dos veces a la plantación de Nueva Orleans para que vinieran a buscar a Jim, pero no había recibido respuesta, porque esa plantación no existía, así que dijo que pondría un aviso en el diario.

Tom me anunció que había llegado el momento de escribir los “nónimos”.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–Son avisos de que va a pasar algo.

–¿Para qué les vamos a avisar? Que se enteren solos.

–Nos dio mucho trabajo esta fuga. Quiero que llame la atención.

Entonces Tom escribió un “nónimo” que decía: “Cuidado, algo está por pasar. Presten atención. Un amigo desconocido”, y esa misma noche lo metimos debajo de la puerta principal.

A la noche siguiente clavamos en la puerta un dibujo de una calavera y luego otro de un ataúd. Jamás había visto a una familia tan asustada. Tom dijo que faltaba el toque final.

Una mañana, en cuanto salió el sol, preparamos otro “nónimo” que decía: “Una banda quiere robar al negro Jim esta misma noche y trataron de asustarlos. Yo los ayudaré sin esperar recompensa. Balaré como una oveja en cuanto lleguen. Un amigo desconocido”.

Nos sentíamos tan bien después del desayuno que nos fuimos a pescar en la canoa. Volvimos tarde a la casa y encontramos a todos muy nerviosos y preocupados. En la sala, había unos quince granjeros con rifles.

Le avisé a Tom y corrimos hasta la choza a buscar a Jim. En eso, los granjeros abrieron la puerta y entraron. Estaba tan oscuro que no nos podían ver, y casi todos nos pisaron mientras los tres nos metíamos debajo de la cama. Jim y yo pudimos salir por el galpón, pero Tom se enganchó el pantalón con un tronco y cuando intentó soltarse hizo ruido.

—¿Quién está ahí? ¡Conteste o disparo! —gritó alguien.

Pero no contestamos, más bien salimos corriendo. En eso oímos una corrida y unos cuantos ¡bang!, ¡bang!, ¡bang!

—¡Ahí están! —gritaron.

Corrimos hacia el molino, y cuando se nos acercaron mucho, nos metimos entre los arbustos. Logramos llegar al lugar donde había escondido la canoa y remamos con desesperación hasta el medio del río, tratando de no hacer ruido. Rumbeamos hacia la isla donde estaba la balsa mientras seguíamos escuchando los gritos de los granjeros en la orilla.

—Eres libre de nuevo, Jim, y te apuesto a que nunca volverás a ser esclavo —dije.

—Y qué bien planearon todo, Huck.

Estábamos muy contentos, pero el más feliz era Tom, porque tenía una bala en la pantorrilla.

A Jim y a mí ya no nos pareció tan divertido. Lo recostamos en la balsa y lo vendamos con una camisa del duque.

–No se detengan ahora –dijo Tom–. Todo salió genial.

–No, señor, yo no me muevo de aquí hasta que te revise un médico –dijo Jim–. Aunque pasen cuarenta años.

Yo sabía que Jim diría algo así. Y aunque Tom no quería saber nada del tema, me fui en la canoa a buscar a un médico.



El médico era un anciano muy simpático y amable. Cuando lo desperté, le dije que mi hermano y yo veníamos de cazar y estábamos durmiendo en una balsa que encontramos por ahí. Y que a medianoche seguramente alguno de los dos había pateado el rifle mientras soñaba, porque mi hermano tenía una herida de bala en la pierna.

—¿Cuál es tu familia? —preguntó.

—Los Phelps, que viven a unos kilómetros.

Encendió un farol, tomó su maletín y nos pusimos en marcha. Pero cuando vio la canoa no le pareció segura para dos personas, así que le expliqué cómo llegar hasta la balsa y se fue solo.

Me tiré a dormir en una pila de leña, y cuando me desperté, el sol ya estaba bien alto. Corrí hasta la casa del doctor pero me dijeron que aún no había vuelto. Eso quería decir que Tom no estaba bien. “Me voy para la isla”, pensé, pero al doblar la esquina me encontré con el tío Silas.

—¡Tom! ¿Dónde te habías metido?

—Estaba buscando al negro fugitivo —dije—. Sid debe de andar por ahí buscándolo todavía.

El tío me llevó a la casa, y la tía Sally se alegró tanto de verme que se puso a reír y llorar al mismo tiempo. La casa estaba repleta de granjeros con sus esposas. Todos estaban invitados a almorzar y no paraban de hablar de las cosas extrañas que habían encontrado en la choza. Decían que Jim se había vuelto loco.

Por la noche, Tom seguía sin aparecer y la tía Sally estaba muy preocupada. Cuando me fui a dormir, subió conmigo

y trajo una vela. Me arropó y me trató como una madre cariñosa.

–Tom –me dijo–, la puerta queda abierta. Y ahí está la ventana y el poste del pararrayos. Pero vas a ser un chico bueno y no te vas a ir, ¿no es cierto? Hazlo por mí.

La verdad es que quería irme, pero después de esas palabras no podía. Pero tampoco podía dejar de pensar en Tom, así que dormí muy mal. Esa noche bajé dos veces por el poste y fui hasta la puerta principal, y allí estaba la tía, sentada con su vela junto a la ventana, mirando el camino y llorando sin parar.

Por la mañana, durante el desayuno, los tíos estaban sentados a la mesa, sin hablar. Parecían tristes. El café se enfriaba y nadie comía nada.

De repente, la tía Sally vio algo y salió corriendo. Y yo también. Era Tom Sawyer, en camilla, el médico y Jim con las manos atadas. Atrás venía un montón de gente.

–¡Está vivo, qué alegría! –gritó la tía Sally mientras le daba un beso a Tom.

Ella se fue corriendo a preparar la cama. Yo seguí a los hombres para saber qué iban a hacer con Jim, mientras que el médico y el tío Silas llevaron a Tom a la casa.

Todos trataron muy mal a Jim, pero él no dijo una palabra. Nunca se le escapó que me conocía. Lo llevaron a la misma choza y dijeron que iba a quedarse ahí, a pan y agua, hasta que lo reclamara su dueño o lo vendieran en una subasta. En eso, apareció el médico y dijo:

–No hace falta que lo traten así. Es un hombre bueno. Cuando llegué a la balsa, el muchacho estaba cada vez peor y no podía sacarle la bala yo solo. Y justo cuando más lo necesitaba, ese negro apareció no sé de dónde y me ayudó.

Me imaginé que debía de ser un fugitivo, pero no tenía otra alternativa. Tuvimos que quedarnos hasta el amanecer y nunca vi a un negro que supiera cuidar mejor a un enfermo y que pusiera en peligro su libertad para hacerlo. Cuando se quedó dormido, aparecieron unos hombres que me ayudaron a atraparlo. Y luego él se portó muy bien y no se resistió.

Después de eso, los hombres se calmaron un poco y yo me alegré de que el viejo médico hablara así de Jim. Todos estuvieron de acuerdo en que Jim se había portado bien y que merecía una compensación, así que prometieron que no volverían a tratarlo mal.

La tía Sally se quedó con el enfermo todo el día y toda la noche, y cada vez que veía al tío Silas me escabullía.

A la mañana siguiente me enteré de que Tom estaba mejor, y fui a su habitación para ver si podíamos inventar una historia creíble. Pero estaba dormido y me senté a esperar que despertara.

Al rato entró la tía Sally. ¡Otra vez en problemas! Pero me hizo un gesto para que no dijera nada y se sentó a mi lado. En eso, Tom se movió un poco y abrió los ojos.

—¡Hola! ¡Pero si estoy en casa! ¿Dónde está la balsa? ¿Y Jim?

—Todo está bien —respondí yo.

—¡Perfecto! ¿Le contaste todo a la tía?

—¿Qué me tienen que contar, Sid? —preguntó ella.

—Cómo organizamos todo para que Jim pudiera escapar. Nos llevó semanas y lo hicimos solos. Fue increíble, tía.

—¡No lo puedo creer! Así que fueron ustedes, sinvergüenzas... ¡Ya verás lo que te pasa cuando te cures! Y que no los encuentre hablando con el negro.

—¿Cómo? ¿No se ha escapado?

–Claro que no –dijo la tía Sally–. Está de nuevo en la choza.

Tom se sentó de golpe en la cama, furioso.

–¡No tienen derecho a encerrarlo! La señorita Watson murió hace dos meses. Estaba arrepentida de haberlo vendido y dejó escrito en su testamento que le concedía la libertad.

–Entonces, ¿para qué querías liberarlo si ya era libre?

–¡Qué pregunta! Para tener una aventura... ¡Oh, no, tía Polly!

¡Allí estaba la tía Polly, parada en la puerta! Tan dulce y feliz como si hubiera comido media torta. La tía Sally la abrazó y yo me escondí detrás de la cama, porque todo se estaba complicando demasiado.

–Yo en tu lugar me escondería, Tom –dijo la tía Polly mirándolo con sus anteojos.

–¿Tanto ha cambiado? –preguntó la tía Sally–. Él es Sid. Tom está... ¿Dónde está Tom?

–Quieres decir dónde está Huck Finn... He criado a Tom y puedo reconocerlo. Sal de ahí, Huck.

Eso fue lo que hice, pero me sentía bastante mal. Tuve que explicar toda la historia, pero la tía Sally y el viejo Silas estaban cada vez más confundidos.

La tía Polly dijo que Tom tenía razón sobre la libertad de Jim, y recién entonces comprendí por qué un chico tan educado como él me había ayudado a liberar a un negro.

Por fin pudimos quitarle la cadena a Jim, y cuando la tía Polly, el tío Silas y la tía Sally se enteraron de cómo había ayudado al médico a cuidar de Tom, lo felicitaron, lo adularon y le dieron de comer todo lo que quería para que la pasara bien y descansara. Subió al cuarto del herido y charlamos un buen rato. Tom le dio a Jim cuarenta dólares por haber sido un prisionero tan paciente.

–Viste, Huck, ¡soy rico! –gritó Jim loco de contento.

Después Tom se puso a hablar y hablar, y dijo que una de esas noches podíamos escaparnos los tres y formar una banda para vivir aventuras entre los indios durante dos o tres semanas. A mí me parecía bien, pero no podía comprarme el equipo necesario porque probablemente mi papá ya le habría quitado todo mi dinero al juez Thatcher.

–Para nada –dijo Tom–. El dinero sigue ahí. Tu padre no volvió. Al menos hasta que vine para acá.

–No va a volver más, Huck –dijo Jim con seriedad–. ¿Recuerdas esa casa que flotaba en el río, y que había ahí un hombre muerto y te dije que no miraras? Bueno, ya puedes ir a buscar tu dinero, porque ese era tu papá.

Tom ya está mucho mejor y lleva la bala colgada al cuello con una cadena de reloj, y a cada rato la mira para saber qué hora es. Y yo creo que ya no tengo nada que escribir. Y me alegro mucho, porque si hubiera sabido que escribir un libro era tan difícil, no lo habría hecho. Y esta es la última vez que lo hago. Ahora pienso que tendré que irme cuanto antes al territorio indio, porque la tía Sally quiere adoptarme y civilizarme, y no puedo soportarlo. Eso ya lo viví.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de enero de 2020, en Casano
Gráfica, Ministro Brin 3932, Remedios
de Escalada, Buenos Aires, República
Argentina.



MIS LIBROS
DE QUINTO

